

Un relato corto que es un poco largo

Manuel Valdés Miyar

I

Eloy Salazar tenía treinta y un años y ya era un escritor todo terreno. Desde niño siempre llevaba bolígrafos encima para apuntar todas sus ocurrencias, y en el bachillerato pasaba con su redacción y con su memoria para los versos, y eso sin mencionar su facilidad para hacer la crónica de cualquier cosa. Naturalmente, ya desde adolescente empezó a escribir alguna obrita –poemas experimentales, cuentos con sorpresa final y un drama en tres actos- pero eso eran cosas solo para él, simples probaturas para hacer dedos antes de presentarse en sociedad. Todos le dijeron que hiciera periodismo para poder escribir cobrando, pero él a todos contestó que no. Que no, que no. El quería ir por el camino difícil. Quería entrar en la Literatura por la puerta grande y no por una ventana o por la puerta de atrás, que era por donde se colaban los ventajistas; o sea, los periodistas, los críticos de plantilla, los columnistas contratados, y cualquiera que escribiese por oficio. Él no quería prebendas ni subvenciones y seguía escribiendo con los mismos bolígrafos que llevaba encima desde la niñez.

Pero tampoco era tonto y pensó que tenía que hacer una licenciatura de cualquier cosa, para tener algún título *a priori* que minimizara su vergüenza a la hora de suplicar la publicación de sus obras. Muchos editores eran literariamente analfabetos, pero el que no tenía un master en economía lo tenía en edición, así que eso de los títulos no era irrelevante. Hizo la licenciatura de Antropología, que era fácil, se hacía desde casa y no servía para nada, y sin casi darse cuenta se encontró un buen día con el título en la mano. No sabía qué hacer con él pero ya podía empezar a escribir novelas sin sentirse inferior a nadie.

La primera novela que escribió, no le quedó bien. La trama fallaba por varios sitios y el argumento era difícil de seguir, con narraciones prospectivas y retrospectivas que se entremezclaban y confundían al lector. Era un problema de construcción, de pericia narrativa, y ahí es donde tenía que progresar como escritor. El primer editor le dijo que el libro estaba bien pero que era demasiado culto, demasiado rebuscado y conceptuoso, y que la gente tenía poco tiempo para leer y que, cuando leía, era para evadirse y no para calentarse la cabeza. El segundo editor le dijo que el libro estaba bien escrito, que se leía bien, pero que había ratos en que no apetecía leerlo aunque se entendiera. En realidad, decía lo mismo que el primer editor pero de una manera muchísimo más precisa. El tercero le hizo ver que doscientas cincuenta páginas eran muchas para un libro que te dejaba exhausto en la página cien, y que la gente no leía, que eso de que la gente leía era una ficción. Nadie sabía cuales eran los móviles de la gente que compraba libros. Estaba claro que su novela no iba a publicarla nadie.

En consecuencia, Eloy Salazar se puso a escribir otra, procurando que la trama resultara amena e inteligible, que el estilo fuese ágil y que todas las palabras resultaran familiares al lector. Fue un continuo ejercicio de autocorrección y simplificación, en un intento de ascetismo expresivo. Al final, la novela le había quedado bien pero, en realidad, no era una novela sino un relato corto que era un poco largo, y eso podía ser una complicación para los editores que seguían respondiendo de manera automática que los cuentos no se vendían. Tanto había podado su escrito para que se entendiera bien que al final acabó convertido en un arbusto. No obstante, le gustaba como había quedado y ahora solo faltaba pasar la prueba de fuego antes de emprender su mendicante periplo por las editoriales.

La prueba de fuego consistía en saber si cualquier lector normal podía entender el argumento sin problema, y para eso se le había ocurrido contárselo a un ciudadano medio, para ver cómo respiraba ante la historia. Se trataba de leérsela y de que luego preguntara lo que no había entendido bien o que opinase de lo que quisiera. Ya se sabe que el ciudadano más abundante es el ciudadano medio, pero no hay manera de identificar a ninguno entre la muchedumbre de ciudadanos medios. El que sabe leer no tiene tiempo para una operación así, y el que no sabe

leer no está para meterse en literatura, así que en ese estado de perplejidad estaba cuando una amiga le comentó que en el Casal para gente mayor adonde iba su madre cada día se comentaban películas y libros, y que a lo mejor igual allí había alguien con tiempo e interés suficiente para escuchar la lectura de la novela. Fue su salvación. Además, esa amiga le dijo que eso de pasar novelas a audio ya lo llevaban haciendo muchos años los de la ONCE.

En el Casal lo atendió una trabajadora social entusiasta, como muchas de las que trabajan con las personas mayores, y enseguida le pareció una idea excelente eso de entretener a unos cuantos durante tanto rato, e incluso sugirió fragmentar la lectura y repartirla entre varios días para no cansar a los oyentes. A ella le parecía bien todo lo que estimulase el cerebro de las personas que acudían al Casal para mantener sus capacidades cognitivas, y se ofreció a resolver los problemas logísticos que hubiere, una vez aclarado que se estaba hablando de un gesto de voluntariado y no de una actividad remunerada por el Casal.

Para concretar y pasar al acto, la trabajadora social sugirió que, cómo allí conocían muy bien a los asiduos, podía hacerse una prospección previa para ver cuántas personas estaban dispuestas a una sesión de lectura de esa naturaleza. Era mucho mejor ir paso a paso y no forzar a nadie.

-Porque se trata de leer una novela para ver qué opinan ¿no?

-Bueno, una novela, no. Es un relato corto.

-Mejor. Así no los asustamos. La gente mayor no está para prestar atención mucho rato. Lo comentaré con las terapeutas ocupacionales, que son las que conocen bien lo que da de sí cada uno. A algunos ni nos molestaremos en proponérselo ¿Es un relato cortito?

-Bueno, no es muy largo. Yo creo que no se cansarán.

Ese plural era optimista porque, después de la sesión prospectiva, algunas mujeres alegaron que ya leían en casa con sus nietos, otras lamentaron no poder asistir por su sordera (incipiente, pero sordera), y otras preferían el ganchillo y la charla por encima de todo. En cuanto a los hombres, los jugadores de cartas se negaron en redondo a suspender sus partidas (“es el único sitio donde podemos jugar tranquilos”), los del billar no estaban dispuestos a soltar el taco ni a apartarse

de la mesa (“¡coño, para un ratito que venimos a disfrutar!”), y los que andaban por el Casal sin querencia conocida en materia de ocio no estaban para experimentos exigentes. Al final, solo quedó uno, que aceptó asistir a la lectura a título de prueba.

Ese uno se llamaba Fermín Rendueles, jubilado metalúrgico de sesenta y ocho años, que enseguida se mostró interesado en apuntarse a la sesiones, y decía sesiones y no sesión, con la esperanza de que se tratara de un proyecto con recorrido y no de una fugaz ocurrencia de alguna animadora.

-¡Es que a mí me encanta que me cuenten historias! ¡Y si encima me dejan opinar o preguntar lo que no entiendo...! ¿Y es muy larga la novela que me va a leer?

-No es una novela: es un relato corto

-¡Lástima!

-Pero es un relato corto bastante largo. Hay material de sobra para entretener

-¿Y lo ha escrito usted?

-Sí, sí.

-¡Con lo joven que parece! Eso de saber escribir tiene que ser fantástico ¿Y cómo se le ocurren los argumentos? Bueno, bueno, perdone, es que me entusiasmo y acabo de darme cuenta que es una pregunta indiscreta.

-No, no, no importa. Los argumentos los saco de las peripecias de mi vida diaria, de mis recuerdos, de mis fantasías, de lo que leo ¡Yo qué sé! Ni yo mismo sé cómo se me ocurren.

-¡Es fantástico todo eso! ¡Qué fantástico!

-Bueno, don Fermín –resumió Salazar- ¿Cuándo le parece bien que empecemos?

-Por mí, cuando quiera ¡Pero no me llame don Fermín, joder! Las enfermeras y las monitoras me hablan a gritos y me tratan de tú, como si fuese una criatura sorda, y ahora viene usted y me añade el don al nombre para recordarme que soy clase pasiva. A ver si me entiende, que le aseguro que no soy quisquilloso, pero es que hay modos sociales que me joden.

-Pues usted es mi hombre –dijo Salazar para rebajar tensión y llegar a puerto- Necesito una persona crítica como usted para que opine sin condicionamientos.

-Es verdad que yo no tengo condicionamientos porque siempre llevé la vida que quise llevar y nunca envidié a nadie, así que no se me ocurren motivos para joder al prójimo ¿Eso es bueno o es malo para lo que usted necesita?

-No, no, estupendo. No se trata de que haga una crítica positiva o negativa, sino de que opine sobre la historia que le voy a contar. Que me diga si la entiende, si cree que es interesante y si están bien descritos los personajes que aparecen.

-Bueno, yo creo que eso puedo.

Quedaron en que al día siguiente Salazar empezaría a leer el primer capítulo y que, al final, Fermín diría lo que tuviese que decir sin cortapisas ni inhibiciones. Los comentarios era mejor hacerlos al final de la lectura para no interrumpir el *tempus* de la narración, que también estaba medido. El punto de encuentro iba a ser una salita del Casal donde se guardaban los útiles de limpieza, las herramientas de bricolaje y las sillas rotas porque era el único sitio donde se podían evitar las interrupciones de los curiosos.

-Y usará palabras que se entiendan ¿no?

-Claro, claro. Y si no se entiende, ahí tendrá que ser crítico

-¡Pues menuda responsabilidad!

-Bueno, pues póngase cómodo, que empiezo a leer- anunció Salazar

-Va ser difícil estar cómodo en este trastero, pero empiece cuando quiera.

II

Victoria Elizalde (de sobrenombre, Vicky) era una mujer vivaz y contenida, que se movía de manera natural con una suavidad y una elegancia que nada tenía que ver con los andares impostados de las pasarelas. Al hablar gesticulaba lo justo,

solo para subrayar algunas frases, y lo que decía lo decía muy bien, sin titubeos y con palabras escogidas, como si estuviese entrenada desde la infancia a explicarse claro. Para completar su retrato visible, iba embutida en unos tejanos que contenían con esfuerzo su tren inferior, calzaba botas que parecían de marca y llevaba una camisa floreada de seda con algunos botones sin abrochar. La camisa aparecía lo justo bajo una chaqueta de punto que le llegaba a las rodillas, a la altura de la cartera de Loewe que agarraba con dedos estilizados y firmes.

Tenía treinta y ocho años pero resultaba casi imposible acertar su edad. Algunos la supondrían una joven demasiado gastada por la experiencia y otros la verían como una mujer madura de aspecto privilegiado, según en qué impresiones se basara cada uno para opinar. Sin embargo, unanimidad había en la apreciación de su elegancia natural y de su capacidad para moverse en el espacio, por el que deambulaba con la arrogancia de una autoridad. No hubiese pasado inadvertida en ningún sitio.

Hacía dos o tres años que Vicky se estaba peleando con una parte de su cabeza, que se obstinaba en recordarle que la soledad futura estaba al caer y que podía llegar a ser insoportable. No era capaz de precisar cómo había empezado a dar audiencia mental a ese horror abstracto, pero lo cierto es que ya se había infiltrado en su cabeza para quedarse. Vicky intentaba diseñar un anticipo de futuro que pudiera darle algo de paz, pero era escéptica e incrédula, como muchas personas inteligentes, y manejaba tantos considerandos y tantos datos que al final se formaba una papilla espesa que atascaba el túrmix. No sabía cómo librarse de ese desasosiego que hipotecaba su presente y la obligaba a reprocessar su pasado en busca de alguna luz.

A los veintiún años tuvo su primera relación sentimental con un compañero de quinta que la perseguía desde el instituto, pero aquello duró muy poco porque el chaval no había calibrado bien con quién se había enredado y enseguida empezó a recular hasta desaparecer sin dejar rastro. Era una buena persona, un joven alegre y con ilusiones, estimulado por su vitalidad, por el deporte y por sus amigos, y enseguida pudo comprobar que con Vicky no había posibilidades de conversación. Era tan obvio que no iban a entenderse en nada que ni siquiera

necesitaron hablarlo para romper. El balance en términos sensuales también fue paupérrimo porque él veía el sexo como un divertimento entre colegas y ella ya hacía tiempo que necesitaba una buena letra para poder disfrutar de la música.

Las relaciones siguientes fueron fungibles y no dejaron rastro ni en su cabeza ni en su biografía, hasta que conoció a un hombre casado, siete años mayor, que empezó a cortejarla con la delicadeza y la constancia de un cultivador de orquídeas. Era un hombre sin atractivo inicial, una persona casi anodina que deambulaba por la vida en silencio, dimitido de hacer cualquier oferta de amor y lascivia a las mujeres con las que tropezaba. Sin embargo, siempre se las arreglaba para ser oportuno en sus apariciones, la amansaba con sus mesurados comentarios, la ayudaba en sus problemas prácticos (era abogado) y, sobre todo, le proporcionaba una paz extraña, que no podía conseguir por sí sola. Su disponibilidad como amante era algo menor ya que no tenía temperamento para los excesos, aunque a ella ya le iba bien esa falta de exigencia. Todo esto duró lo que duró porque, al cabo de un año y medio, el hombre se sintió apurado por su otro yo y por su otra circunstancia –es decir, su mujer y sus hijos-, y la relación (clandestina) expiró entre estertores interminables, en un vano intento de que la ruptura doliera menos. Se encontraba agotada y sola, a punto de entrar en la treintena, y no se sentía con fuerzas para hacer frente a la reaparición de los fantasmas que anticipaban su soledad.

Durante los últimos años se había esforzado en salir, relacionarse y distraerse – más por disciplina que por ilusión- aunque los hombres con los que tropezó no la ayudaron en nada, ocupados como estaban en lamerse las heridas de sus propios desastres. Algunos eran amigos o compañeros de trabajo que organizaban viajes y encuentros de gente sin pareja; otros, habían perdido el yo, la autoestima y el domicilio y otros flotaban como náufragos sin brújula, a la espera de otra mujer que los redimiese. Eran hombres expulsados del ecosistema que les correspondía por su edad y que no se veían capaces de concebir una vida nueva y propia.

Como último recurso, Vicky decidió hacer caso a una amiga que le había aconsejado enfocar su problema desde la perspectiva de las nuevas tecnologías, y consultó la página web de contactos que le recomendó durante la charla, con la

esperanza de encontrar otros horizontes. Además de consultar esa página en particular, Vicky también se encontró con otras de formatos diferentes –incluso había una que usaba el GPS para localizar al amante potencial más próximo–, aunque todas se ofrecían como punto de encuentro de personas declaradas afines de antemano.

Así contactó Vicky con un hombre de cincuenta años, soltero, de un metro setenta y seis y complexión normal, que quería tener una relación sentimental con una mujer soltera de su franja de edad. Naturalmente, Vicky se había decantado por la página de contactos con menos prisas (no usaba GPS), y eso suponía mantener un chateo previo hasta comprobar que había base suficiente para decidir un encuentro en persona. En el primer chat él ya especificó que estaba dispuesto a establecer una relación de prueba durante cinco años y de cuidar de que no hubiese desperfectos económicos o biográficos si la cosa no cuajaba, y eso a Vicky la desconcertó un poco. Luego también dijo que quería que la relación fuera auténtica en cada momento y sobreviviese a las rutinas que impone la vida diaria, y que estaba dispuesto a discutir cualquier fórmula de convivencia que excluyera las servidumbres del emparejamiento tradicional. A Vicky, aquello le sonaba a pareja abierta, y así se lo hizo saber, pero entonces él enseguida le contestó de que no se trataba de hacer camas redondas ni cosas raras sino que se refería a la organización de la vida en general, al margen de las relaciones íntimas. Sostenía que las pasiones eran efímeras por definición y que morían cuando la pareja empezaba a convivir con el piloto automático.

Vicky decidió informarse sobre las circunstancias concretas de su compañero de chat, sabedora de que internet era refugio de mucha gente que no podía salir a la calle y vivía instalada en la nube. Se enteró de que era soltero y llevaba un negocio familiar y que las relaciones que había tenido hasta la fecha no habían sido serias, y quería sentar la cabeza como tocaba por sus años. En la correspondencia mantenida, no llegó a aclararle cómo se iban a evaluar los desperfectos económicos o biográficos si se planteaba la necesidad de compensarlos, pero le adelantó que deseaba una relación paritaria y sin víctimas.

A Vicky le daba la impresión de que hablaba de las relaciones sentimentales como quien habla de un negocio.

Asaltada todavía por dudas de difícil esclarecimiento, Vicky quedó en una granja con la amiga que la había introducido en el chateo, esperanzada de que su exitosa experiencia la ayudase a disipar sus últimos recelos virtuales.

-Es que no sé qué le gusta ni qué planes tiene para el quinquenio -dijo, cuando las dos estuvieron sentadas ante sus respectivas tortitas con nata.

-Bueno, es lógico que no quiera contártelo todo chateando. Hay cosas que se deben hablar cara a cara. Tú, por si acaso, dile que te gusta el fútbol.

-Es que me gusta.

-Pues mejor.

Además, Vicky necesitaba pasárselo bien y no estaba segura de que el candidato diese la medida en materia de distracción y esparcimiento, ya que parecía algo contenido y empleaba un tono formal y educado que no invitaba a pensar en desenfrenos.

-Es que a mi también me gusta un poco de marcha –aclaró.

-¡Uy! –le dijo su amiga- La gente engaña mucho en eso. Mi marido también daba la impresión de cortedad y me dejó pasmada en cuando los dos nos quitamos la ropa. También cuenta mucho el tipo de piel. Yo, con Javi no tuve problemas, pero otra amiga mía no pudo mantener su primera relación sexual porque el olor de la piel le daba náuseas ¡Y eso que era un contacto con el que coincidía en todo!

-Ese tema me preocupa porque últimamente no me apetece el sexo nada.

-¿Y no será que estás deprimida? –preguntó su amiga con cautela- Mucha gente está desganada y no disfruta porque anda mal de ánimo sin estar enferma.

-Ya tomo antidepresivos que me recetó la médico de familia de mi ambulatorio, que es una doctora muy profesional y muy agradable. Pero no quisiera depender de las pastillas para ser feliz.

-¡Pues ojo con los efectos secundarios, que tengo entendido que los antidepresivos te anestesian aunque te levanten el ánimo!

-¿Qué? ¿Qué le ha parecido? –preguntó Eloy Salazar, con la boca reseca por la lectura.

-Yo creo que de entender, lo he entendido todo –contestó Fermín, que no se había movido de su silla ni un milímetro- Parece que esa chica no saca provecho de ser lista y de mundo. ¿Se ha inspirado en alguna conocida suya o la ha inventado? Bueno, perdone otra vez mi indiscreción, pero es que la curiosidad me puede.

-No, no, si no hay problema. En realidad no es el retrato de nadie sino una especie de frankenstein confeccionado con trozos de mujeres distintas.

-¡Pues parece una mujer de verdad, de tan bien que la describe! ¡Hay que ver lo que es la creación! ¡Eso de poder inventar personajes y mundos ya es cosa de dioses!

-Bueno, bueno, tampoco hay que exagerar –atemperó Salazar para que el coloquio no se desperdigase- ¿Qué le pareció la amiga de Vicky?

-Nada. A mi la que me llama la atención es Vicky. Usted dice que es muy elegante y que lleva ropa de marca, pero no sabemos nada de su aspecto físico y comprenderá que eso no puede pasarse por alto. Si se quitase toda la ropa, incluida la de marca, ¿sería atractiva o no?

-Hombre, se supone que sí. Tampoco quería subrayar eso en este capítulo.

-Bueno, no se trata de salir con preguntas tontas, pero me dijo que podía hacer los comentarios que quisiera –Fermín se removió en la silla y cruzó las piernas a la altura de los tobillos, en un gesto de absoluta contención- Es que yo creo que el aspecto físico condiciona nuestra vida desde la cuna y que pesa mucho más que cualquier otra cosa, sobre todo en las mujeres. Usted es mucho más joven que yo y a lo mejor ya lo educaron en colegios mixtos de otra manera.

-Lo de no describir a los personajes con detalle es un recurso para que el lector se los imagine como quiera- aclaró Salazar para salir del paso- De todos modos, aunque el escritor no se lo proponga, cada lector acaba leyendo una historia distinta aunque el texto sea el mismo.

-¡Ah, bueno, si es un recurso profesional ya no digo nada! Comprenda que los que no somos escritores no alcancemos a ver eso a la primera –se disculpó Fermín,

realmente preocupado por no molestar- ¡Eso de que cada lector entienda una novela distinta leyendo el mismo texto me parece el colmo! ¿Y no le parece a usted que en eso hay algo de magia?

-No es magia, es oficio y técnica de profesional. Es algo parecido a lo que ocurre con los astrónomos, con los físicos y con los químicos, que acaban con los misterios de la naturaleza en cuanto consiguen descifrar sus leyes. No hay que dejarse deslumbrar por las apariencias.

-Pues qué quiere que le diga, a mí eso de la creación de personajes, de mundos y de historias me ha dejado con la boca abierta desde pequeño.

III

A la mañana siguiente, Salazar y Fermín se encontraron otra vez en el Casal a la hora convenida para seguir con la lectura. Fermín tenía cara de haber descansado muy bien, como si el capítulo del día anterior le hubiese servido de nana para dormir como un bendito, y parecía contento de volver a encerrarse en el trastero, donde la palabra escuchada se hacía milagro. No obstante, su rostro plácido no era capaz de relajar completamente el entrecejo, que se contraía a intermitencias e intensificaba sus arrugas.

-No habrá corregido usted nada durante la noche, ¿verdad? –preguntó Fermín para expresar su preocupación sin tapujos- Lo que le dije sobre el aspecto físico de Vicky era solo una opinión y no quisiera que por mi culpa estropeará un relato que está muy bien escrito. A veces me explico mal porque me falta práctica para tocar según qué temas.

-¡Qué va, qué va! ¡Usted diga lo que quiera y explíquese a su aire! –repuso Salazar, con un gesto de absolución- Lo importante es que usted me señale lo que no entiende o lo que le parece cogido por los pelos. Una buena narración tiene que ser clara y verosímil.

-¡Pues anoche tardé un poco en coger el sueño dándole vueltas a eso, ya ve usted! Me molestaría que pensara que le pongo pegas para rebajarlo como escritor ¡Con lo que yo disfruto con las historias bien contadas!

Salazar abrió el manuscrito por la página que tocaba y esperó que Fermín se sentase para seguir con la narrativa. El metalúrgico parecía persona disciplinada y de costumbres porque se acercó a la silla de la misma manera que el día anterior y se dejó caer sobre ella de la misma forma. En su cara había una devoción y un respeto que ya no se veía en las iglesias.

-Bueno, pues vamos a empezar con el segundo capítulo –dijo Salazar, sujetando el texto- Quedamos en que tiene barra libre para opinar y que no debe callarse nada.

-Barra libre, dice...¡Qué ocurrencia más buena!

El encuentro se acordó a las seis de la tarde en el bar del Hotel Palace, que era un sitio con fama de facilitar entorno a los contactos. Hacía muchos años que a sus veladores acudían personas de todos los sitios para evocar el pasado con otros, cultivar el presente secreto o hacer planes con cómplices, todo ello, sin faltarle a las formas ni llamar la atención. Los camareros eran tan discretos que apenas se veían, y cuando se veían, siempre estaban mirando para otra parte, como distraídos: ya daban por descontado que los clientes no habían venido al bar a tomarse copas sino a charlar a escondidas por los rincones. Era difícil seguir el rastro de cualquiera entre aquel trasiego continuo de gente que se entrecruzaba, se saludaba y se despedía sin hacer ruido ni dejar huella en ninguna parte.

Vicky enseguida vio al hombre en un lateral y, al acercarse a la mesa donde la esperaba, dedujo por su sonrisa que él también se había percatado de su

presencia. Parecía algo mayor que en la fotografía que le había enviado unos días antes, pero también podía ser la luz del local, que era macilenta y le hacía muchas sombras en la cara. Él se levantó con desenvoltura y esperó a que ella decidiera si lo procedente era estrechar las manos o intercambiar besos, pero como Vicky estuvo lenta, al final acabó ofreciéndole la mano derecha mientras apoyaba la izquierda en su hombro.

-¡Ya tenía ganas de ver cómo eras en persona! –confesó él, sin pudor- Es un fastidio charlar con un teclado .

Agustín Cano no había terminado los estudios ni nada de lo que había empezado desde su juventud pero, como no le daba pereza fantasear y siempre tenía proyectos, había adquirido fama de empresario innovador entre los colegas de su gremio. A sus cincuenta años ya no podía permitirse más distracciones ni más errores de ejecución, sobre todo en el ámbito de lo personal, que era donde dónde se habían hecho más patentes sus dificultades. Ahora llevaba sin problemas la empresa que había fundado su abuelo y que su padre había hecho crecer hasta convertirla en manjar apetente para las multinacionales en expansión, aunque su padre ya había pasado a segunda fila -vulnerado por un cáncer traicionero-, y a él le correspondía cuidar de la empresa que había dado tanto dividendo y tanto lustre a los treinta y dos integrantes de la familia.

Durante la infancia y la adolescencia todo fue un desastre. Solo le gustaba resolver problemas de integrales (le entretenían mucho más que los crucigramas), ver partidos de fútbol por televisión hasta la madrugada (por la diferencia con el horario brasileño) y jugar hasta el amanecer con la consola. Era incapaz de leer de un tirón más de diez páginas de texto, no porque no supiese leer –que aprendió rápidamente cuando se puso-, sino porque le costaba centrar la atención en la página durante mucho rato y se dispersaba en bobadas colaterales que lo acababan desorganizando. Por ejemplo, cuando le fascinaba alguna palabra concreta se entretenía en buscarle sinónimos y antónimos, la convertía en adjetivo, se la imaginaba funcionando como verbo o aventuraba su origen etimológico. Así era imposible que acabara el bachillerato, aunque su padre lo intentó contratando a sucesivos profesores de refuerzo, que naufragaron en su

intento de que el chico aprendiera los trucos necesarios para cumplir con los trámites académicos. Tenía una memoria prodigiosa y no necesitaba calculadora para resolver los problemas de números pero, en cuanto se sentaba en el pupitre para ser examinado, se desconcertaba y se volvía obtuso de golpe, como si en la cabeza le saltara algún fusible. La mayoría de los profesores abandonaban diciendo que Agustín era un chaval muy bueno con una inteligencia extraña, y advertían de que si se le dejaba organizar la cabeza a su aire y se le permitía funcionar con sus esquemas, podía llegar a ser un ciudadano tan productivo como el que más.

A los veinte años su padre le preguntó qué era lo que iba a producir, no para exigirle rentabilidad inmediata o resarcirse del dinero gastado en profesores, sino para concretar la manera en que iba a integrarse al organigrama de la empresa, empezando por el último escalón. Pronto se demostró que los profesores de refuerzo estaba en lo cierto cuando vaticinaban que Agustín funcionaría como una máquina de máxima eficiencia si se ordenaba conforme a su talante. Ejecutaba su trabajo con precisión ergonómica, traducía los problemas cotidianos a fórmulas matemáticas que se resolvían por sí solas y le sobraba tiempo para adelantar trabajo e imaginar mejoras. En poco tiempo fue ascendiendo posiciones en el organigrama laboral hasta que llegó a la dirección general, en calidad de adjunto al director que estaba a punto de jubilarse. Era una carrera de cuartel y no de academia, pero nadie podía discutirle su trabajo y sus méritos.

Fue en ese período cuando empezaron a complicarse sus cosas más íntimas. Se había organizado mentalmente a base de algoritmos que fijaban sus horarios y mejoraban sus rendimientos, pero no contó con que en su cabeza iban a despertarse anhelos de gozo, de lujuria y de expansión, como les ocurre a todos los adolescentes al hacer el cambio. No estaba claro por qué esos anhelos aparecían tan tarde, ni en el entorno había personas sospechosas de haberlos despertado, así que Agustín experimentó sorprendido los efectos de un desenfreno sensorial que era más propio de la primera edad que de la tercera. Con la mente encendida, el corazón desbocado y el pene triplicado de volumen, olvidó las fórmulas que lo mantenían en orden y se embarcó en aventuras insólitas

con mujeres de corte muy variado, que le dieron audiencia y asilo por unanimidad. Agustín agradecía esas deferencias con rendimientos sexuales supremos que le salían del alma sin necesidad de integrales, y así fue metiéndose en líos, cada vez más y cada vez mayores, hasta el extremo de empezar a descuidar su trabajo e incumplir sus deberes. No había manera de apagar aquella lujuria que nublaba su intelecto, le obligaba a pasar al acto y lo arrastraba a un desorden del que era muy difícil sustraerse.

Puesto que todo se aprende por ensayo y error, Agustín fue probando estrategias con los años para fornicar sin peligro de caer en el desbarajuste y la inanidad. La clave estaba en equilibrar las obligaciones del trabajo con una entrega calculada a la molicie, organizando ambas actividades en compartimentos mentales diferentes, operables con códigos distintos. Cuando se activaba la celdilla del rendimiento en el trabajo se inhibía la de la molicie, pero entonces había el riesgo de que el yo más animal se desbocara al no haber preocupación laboral que lo frenase, y entonces Agustín ocupaba la cabeza con asuntos abstractos que lo lastraban lo suficiente como para mantenerlo anclado a la realidad. Se trataba de un delicado equilibrio entre excitaciones de un tipo e inhibiciones de otro, que le había servido para no faltar más al trabajo y recuperar su dignidad de empresario.

Sin embargo, su padre había digerido muy mal sus aventuras y se amparaba en varias anécdotas para dudar de su solvencia como sucesor, así que lo llamó al orden y puso en cuarentena la confirmación de su nombramiento por parte del Consejo de Administración. Una de las anécdotas era la desaparición de un cuadro de Pollock tras meter por la noche a una exiliada rusa en el despacho; otra, la usurpación de la tarjeta de empresa después de una fornicación en el lavabo, y otra: una denuncia por impago de una tailandesa que hacía masajes. También llegaron facturas de restaurantes y de discotecas en aluvión, pagos con visas a agencias de acompañantes y reclamaciones de organizadores del tiempo de ocio. A pesar de haberlo hecho todo tan mal, Agustín había ido reubicándose y recuperando prestigio, aunque se sabía bajo estricta observación y no tenía apenas margen para equivocarse.

-Yo soy muy torpe con las galanterías –dijo él, mirando a Vicky de frente- Pero permite que te diga que en persona mejoras las fotos que me mandaste. No tenía por qué decírtelo si no lo creyera.

-Bueno, tampoco hay que decirlo todo –contestó Vicky con un aire de suficiencia que la embellecía- Lo importante es que nos vayamos conociendo lo suficiente desde todos los ángulos.

-Uy, nunca se conoce a la gente lo bastante. Yo siempre tardo mucho en enterarme de cómo son los otros. Mi madre decía que a mí me falta malicia para vivir en este mundo.

-Pues tu madre tenía razón ¿No ves que no puedes empezar una entrevista como esta con un listado de tus taras? Bueno, perdona, de tus incapacidades.

-No, no, si es verdad que son taras ¡Si siempre me he sentido distinto en muchas cosas! Lo que pasa es que no quiero parecer lo que no soy.

Vicky percibió que Agustín la había colocado un peldaño por encima de él y que aceptaba mirarla de abajo a arriba sin ningún menoscabo. Esa percepción la reconfortaba y le transmitía tranquilidad, y además la obligaba a mantenerse en ese registro para terminar la entrevista sin descomponer la figura. Agustín se definía de entrada como un alienígena perdido que se mimetizaba con los terráqueos sin entenderlos y, aunque hablaba de sí mismo con un cierto pesar, no se le veía desolado por ser como que era. Parecía aceptarse a sí mismo con naturalidad y sin resignación, y también acataba moverse en el extraño entramado de ritos y códigos que los humanos había organizado sin contar en él.

-Ahora tú tendrías que hablarme de tus virtudes para no ser tan torpe como yo – aclaró Agustín, como quien sigue las normas de un reglamento- ¡A ver qué virtudes tienes y por qué orden las citas!

-Hombre, no se trata de hacer un “hit parade”, que eso es artificial ¿Cómo vas a saber qué virtud es mejor que otra?

-Bueno, no quiero decir eso. Me refería a que menciones las dos o tres características que tú creas que mejor te definen.

-Ah, pues sobre todo, soy muy independiente –afirmó Vicky, endureciendo un poco el gesto- Necesito espacio propio y sentirme libre. No aceptaría una relación que me asfixiara.

-¡Pues como yo! Quiero que sepas que estoy dispuesto a negociar tiempos y espacios para que ninguno de los dos nos agobiamos ¿Qué otra cualidad tuya mencionarías para conocerte algo más?

-Ya te dije en nuestras conversaciones que, sobre todo, soy responsable. Si yo me comprometo a algo, cumplo. No me gusta dejar tirada a la gente ni hacer las cosas a medias.

-Pues funcionas mejor que yo, que no pude cumplir siempre –confesó Agustín con una sombra de pesar en la mirada, que no era debida a la luz macilenta- Pero aprendo pronto de mis errores y eso pienso que es una virtud. Yo creo que estoy preparado para no repetirlos.

-¿Y por dónde te parece que empecemos a construir nuestro futuro? –preguntó Vicky, pasando la pelota con habilidad para que Agustín hiciera el saque- Por lo visto, tienes ofertas concretas que querías comentar en persona.

-¡Hombre, ofertas no! –contestó Agustín algo abrumado- Más que ofertas son ideas para llegar a acuerdos que nos permitan sentirnos cómodos. Estar relajado con alguien es lo mejor que hay.

-¿Y qué se te ha ocurrido?

-Podíamos revisar las cosas que nos gustan a los dos para ver si podemos hacer algo juntos ¿A ti qué es lo que más te gusta hacer?

-Pues no sé, muchas cosas...-respondió Vicky, sabiendo que tampoco eran tantas- Me gusta ir a pasear y al teatro y al cine, o quedarme en casa a leer. En mi perfil de contacto ya explicaba todo eso. También me gusta bañarme en la playa en verano y tomar alguna copa en las terrazas que ponen buena música.

-Pues no vamos bien. Eso no son actividades compartidas sino entretenimientos individuales que se sincronizan. Es lo que la gente ha ido inventando para sobrellevar el ocio en compañía, pero yo de lo que hablo es de una relación interactiva, de crear espacios propios en los que podamos compartir nuestra experiencia.

-Eso suena muy bien pero me despierta una cierta aprensión. Tendrás que precisar un poco más para que sepa exactamente de qué estás hablando.

-Hablo de prefabricar una relación a nuestra medida, teniendo en cuenta nuestras circunstancias y nuestros modos de ser. Yo puedo rellenar con mi presencia el tiempo libre que tú tengas, y si te parece suficiente para que eso merezca el nombre de relación, pues ya está.

-¿Cómo que ya está?

-Quiero decir que todos funcionamos con hábitos. Si te acostumbras a quedar conmigo para esto y para aquello y nos lo pasamos bien, volvemos a quedar otra vez y eso se va convirtiendo poco a poco en un hábito. Habrá que ver en qué podemos sincronizarnos bien.

Tras escuchar la propuesta oral, que seguía siendo tan abstracta como la escrita en los correos, Vicky empezó a repasar mentalmente las posibilidades de encontrar alguna actividad compartida que pudiese servir de pretexto para la sincronización, y también se esforzó en imaginar cómo podían ser los juegos y las sesiones interactivas, pero al no venirle a la cabeza ningún ejemplo concreto que pudiese servir de ilustración, la invadió un ligero desánimo que la mantuvo en silencio durante unos segundos. No había dejado de mirar a Agustín mientras se entregaba a esos barruntos y, de repente, los ojos se le iluminaron de golpe.

-A lo mejor a ti te gusta el fútbol –aventuró, cruzando los dedos con fuerza- A mi el fútbol me apasiona desde que era niña. No lo incluí entre las aficiones que aparecen en mi perfil para que no se pensara que intentaba buscar una coincidencia fácil.

-¡Pues eso si que es una sorpresa! –exclamó Agustín aliviado, al tratarse de un tema que parecía de su arbitrio- El fútbol es el deporte colectivo más inteligente. Tiene un reglamento muy bien pensado que ofrece numerosas tácticas para ganar, aunque los jugadores del equipo contrario sean individualmente mejores, y además obliga a que los once jugadores sientan y se comporten como si fuesen uno si quieren tener éxito ¡Ese si que es un juego de interacción que genera emociones nuevas! En el fútbol hay más posibilidades de redención que en la propia vida.

-Es un punto de vista interesante. Nunca se me había ocurrido entender el fútbol así.

-Pues yo te puedo ir contando cómo entiendo otras cosas y tú puedes enseñarme lo que creas conveniente para rehabilitarme.

De hecho, Agustín proponía un plan de encuentros de contenido acordado, en horas y días que se podían fijar, en los que cada uno trataría de introducir al otro en alguna afición o algún conocimiento estimulante que sirviese de pretexto para perpetrar la seducción. Por ejemplo, ella podría enseñarle a disfrutar del amanecer y él podría explicarle su hipótesis sobre la falsedad del paso del tiempo o recitarle con mucho sentimiento versos sensuales de los que ya no se encuentran en las librerías de viejo. También podría enseñarla a relajarse hasta llegar al nirvana y al éxtasis, aunque eso ya suponía meterse en aventuras sensoriales de control incierto, o enseñarle la teoría de la relatividad paso a paso y con fórmulas, para que luego pudiera explicársela a los amigos. Agustín no sabía cómo enriquecer su abanico de ofertas ante la naturalidad y la desenvoltura con que Vicky desplegaba el suyo sin necesidad de doctrina.

-Yo creo que he tenido mucha suerte encontrándote –concluyó Agustín- Tú pareces una mujer fuerte e independiente y, por lo que dices, no te cuesta trabajo estar sola, así que no necesitarás mucho de mí. Te pido que me dejes margen para ir construyendo la relación poco a poco, sin prisas. Yo siempre voy un poco más lento que los demás.

-Ya ves que no tengo prisa. Acordamos este encuentro hace dos semanas y pude esperar sin mordirme las uñas –contestó Vicky, enseñándolas con ostentación. No las llevaba pintadas pero se apreciaba su cuidado a primera vista.

Agustín se inclinó hacia delante y el aire que removi6 con su gesto expandió un olor a loci6n fresca, que se disip6 en unos segundos. A continuaci6n puso sus dos manos sobre la mesa y fij6 sus ojos en los de Vicky, como si se dispusiera a hipnotizarla. Iba muy bien afeitado, no le salía ning6n pelo ni por la nariz ni por las orejas y en las uñas no había ribetes negros, pero las mangas de la americana le quedaban un poco largas y le tapaban las muñecas. Aunque a Vicky le gustaba el peinado de Agustín –como recién salido de la ducha-, y también la corbata que

llevaba, no acababan de convencerla los gemelos y el prendedor con la cadenita, y todavía le faltaba echar un ojo a los pantalones y a los zapatos que se escondían bajo la mesa. La impresión general era de pulcritud varonil; es decir, de frecuente aseo con agua y jabón y loción rutinaria de mantenimiento.

-Pues, si te parece bien, quedamos en mi casa el próximo miércoles para ver la Champions –propuso Agustín para concretar. En su cara había aparecido una sonrisa que lo hacía más guapo- A partir de ahí podemos ir hablando de cómo hacer las cosas para que no tengas aprensiones ni reservas de ningún tipo.

-Me parece muy bien- dijo Vicky, devolviéndole la sonrisa- Ya iremos hablando lo que convenga.

-Fin del segundo capítulo –anunció Salazar, cerrando el manuscrito. Su cara se había ido congestionando un poco durante la lectura de los últimos párrafos y se le veía satisfecho de haber completado la dicción sin trabucarse ni cometer errores prosódicos.

-Hombre, para mí esta chica es toda una caja de sorpresas –Fermín hablaba de Vicky como si los restantes personajes del relato fuesen solo pretextos literarios para definirla y estar a su servicio. No ocultaba que le había llamado la atención y que estaba dispuesto a perseguirla por todo el texto.

-¿Por qué lo dice?

-En el primer capítulo se empieza definiéndola como mujer de éxito y al final acaba pareciendo un poco desvalida. Y ahora, en el segundo, cuando uno se teme lo peor durante la entrevista con el hombre, resulta que lo maneja de maravilla y acaba imponiendo su plan sin que lo parezca. Es un prodigio esa mujer.

-¿No le parece verosímil? –preguntó Salazar de una manera un poco aprensiva. Habían quedado en que los personajes no podían ser artefactos sino criaturas reconocibles por el ojo humano.

-¡Y tanto que me parece verosímil! A mi me encantan las mujeres que van enseñando las distintas caras que tienen según convenga.

-¿Y qué le parece Agustín?

-Da la impresión de ser un tipo raro. Las personas con memoria exagerada y con capacidades anormales para los números no saben desempeñarse en la vida bien. Les cuesta entender a la gente que hace cuentas con los dedos y no sabe de cosas raras. Yo he conocido a alguno así.

-¿O sea que lo considera un personaje creíble?

-¡Y tanto! El bestiario humano es inacabable, y como a mí me gusta escuchar historias y prestar un poco de atención a la gente, he conocido a personajes que ni le cuento. Agustín tampoco es tan raro si puede seguir unas normas y ganarse la vida.

Salazar dobló el manuscrito hasta convertirlo en un cucurucho y empezó a manosearlo hasta que ya se le desorganizó entre las manos, por culpa de algunas hojas mal grapadas. En la mirada de Fermín había un destello pícaro que era impropio de quién ya estaba de vuelta de muchas cosas.

-A mi me parece que Vicky está mucho mejor en este capítulo que en el anterior porque se coloca muy bien de entrada y da la impresión de saber lo que quiere – continuó Fermín, sin ningún ánimo de ofender- La única explicación que yo encuentro a eso es que le hayan hecho efecto las pastillas.

-¿Qué pastillas?

-Los antidepresivos. Usted dijo que estaba tomando antidepresivos desde hacía semanas. Yo sé por experiencia propia que esos tratamientos tardan tanto en hacer efecto que, cuando mejoras, ya casi has olvidado que los tomas y supones que te has normalizado por tu esfuerzo personal o por otras cosas. La gente es muy injusta con los antidepresivos.

-¿Y usted por qué tuvo que tomarlos?

-Yo creo que eso ahora no viene al caso. Con antidepresivos o sin ellos, lo que me gusta de Vicky es su predisposición a asumir nuevos papeles sin dejar de ser ella. Estoy seguro de que representó el papel de mujer independiente y segura sin ningún fingimiento, con un convencimiento total. A mi me pirran esas mujeres que son varias en una.

-Mi idea era obligarla a asumir el rol de mujer autosuficiente desde el principio hasta al final, aprovechando que es disciplinada –detalló Salazar con cara de

astucia- Cuando uno interpreta mucho un papel, acaba incorporándolo a sus repertorios personales sin darse cuenta.

-Si señor, eso es así. Yo también lo tengo visto en alguna gente.

-Y con lo que lleva escuchado hasta ahora ¿qué se imagina que va a pasar? – preguntó Salazar para saber si el lector quedaba enganchado en el texto o pasaba de largo.

-Pues no soy capaz de imaginarme nada –confesó Fermín, con la cara de un niño que es cogido en falta y acepta su culpabilidad- Pero a mí me gustaría saber qué pensó Vicky después de la entrevista, cuando llegó a su casa ¿Tiene previsto contar eso?

-La verdad es que no. Para contar una historia como esta en formato de relato corto no hay más remedio que sintetizar. Hay que seleccionar algunos episodios de la vida de los personajes para que sirvan de eje a la narración, sin considerar lo que hacen cuando están fuera de foco. El relato corto es telegráfico por definición y no permite bajar al detalle. Para eso está la novela.

-¡Pues qué pena! Yo me quedo con ganas de saber más sobre esa chica, que es el personaje que más me gusta con mucha diferencia.

-Lo siento, pero no tuve más remedio que sacrificar material para ceñirme a las convenciones literarias. Y dese cuenta de que, incluso haciendo eso, me ha salido un relato corto que es un poco más largo de lo que mandan los cánones.

-¡Bueno, usted sabrá, que es el escritor! –respondió Fermín, agradecido por la deferencia y por la confianza con que Salazar le había revelado secretos de sus intimidades creativas. Para él era como si un mago profesional lo considerara un colega o un cómplice y le enseñara sus trucos aparte después de acabar el espectáculo.

IV

La lectura del segundo capítulo había sido un viernes, así que durante el fin de semana Fermín tuvo la fugaz tentación de recurrir a las distracciones propias de su edad y condición –tomar el sol en los bancos, tirar de naipes en el bar, visitar a algún pariente o jugar a la petanca- pero ese repertorio siempre le había parecido espantoso y enseguida lo descartó como alternativa. La televisión le aburría, no tenía libros en casa, y la biblioteca cercana donde había empezado a leer cerraba los sábados y los domingos, así que el fin de semana se le hizo tan duro que a ratos tenía que ponerse a dar vueltas por el pasillo para calmar su inquietud y no desesperarse.

Dado que en este mundo nada es eterno, también el fin de semana se acabó y enseguida llegó el lunes, que es el día de la semana más recordado por su capacidad para interrumpir el placer de los que gozan y abrir nuevos horizontes a los que están solos. Al encontrarse con Salazar en el Casal, Fermín se sintió renacido de golpe y con la cabeza a punto para asimilar la literatura que viniera, fuese escrita u oral. Llevaba la camisa de los domingos, se había afeitado con esmero, no le asomaban pelillos de anciano ni por las orejas ni por la nariz, y despedía un agradable olor a colonia fresca. Parecía más joven que unas semanas antes.

-¿Ha estado revisando el relato durante el fin de semana o ya no pensó más en él? –preguntó Fermín, en cuanto tuvo a Salazar delante- Es curiosidad por saber qué pasa por su cabeza. Bueno, si usted ve que soy pesado o doy la lata, mándeme a paseo por la vía directa y tan amigos. Ya le dije que a veces no sé medir.

-No se preocupe, no se preocupe. Todos sus comentarios han sido oportunos y no tengo ningún motivo de queja. Y si me pregunta si ya doy por acabado el relato, mi respuesta es que sí. A veces, los escritos se acaban estropeando si se tocan mucho.

-Vale, pues ya lo tengo claro ¿Y está escribiendo algo nuevo o ha decidido descansar?

-¡Hombre, acabo de dar a luz y tengo que reponerme! –contestó Salazar como si estuviese en cuarentena después de expulsar la placenta- Conviene que el cerebro repose y se conecte otra vez a la vida diaria.

-¡Lo que daría yo por saber redactar! –exclamó Fermín en tono jeremíaco- ¡Con la cantidad de cosas que viví y con la gente tan curiosa que me he ido encontrando!

-¿Y hasta dónde estudió usted?

-Estudiar, estudiar, yo estudié lo justo. Pero tuve la suerte de que mis padres decidieran que me criara un tío cura, que tenía todas las paredes de la casa cubiertas de estanterías con libros. Antes no era como ahora, que hay cine y televisión e internet, y para mí aquello fue el paraíso. Cuando tuve que ponerme a trabajar me faltaba poco para acabar de leer todos los libros. Bueno, con los escritos en latín no pude, que esos no los cuento.

-¿Y cuanto hace que se quedó viudo?

-Va para cuatro años. La muerte de mi mujer fue una desgracia tremenda, qué le voy a contar. Nos entendíamos solo con mirarnos y nos resultaba muy sencillo convivir. Comprenderá que la falta de una persona así se nota mucho.

-¡Ya lo creo que tiene que notarse! –coincidió Salazar sin saber qué cara estaría poniendo- ¿Y no ha dejado de leer en su vida?

-Cuando murió mi mujer estuve tres años sin leer nada porque no podía. Fue tremendo. Me quedé como desnudo y sin brújula. Pero el cabecera me recetó antidepresivos y, al cabo de un mes, noté un cambio tremendo. Volví a ser yo y a recuperar mi ritmo de lectura.

Salazar invitó a Fermín a que se sentara y abrió el manuscrito por la página que estaba marcada con un papelito. Pensaba que si se seguía con la charla y la digresión acabaría de leer el capítulo a las tantas, y ese lunes tenía una cena de compromiso que no quería aplazar. Durante el fin de semana había grapado las hojas del manuscrito a conciencia para evitar una nueva pérdida de papeles y, antes de bajar la vista al texto, se dirigió a Fermín con una complicidad equívoca.

-Le adelanto que en este capítulo también sale Vicky.

-Ya le dije que esa chica le ha quedado muy bien. A ver si mantiene el tipo en lo que venga.

La Champions es una competición muy exigente, nacida de la burocracia futbolística europea, que ha ido expandiendo su prestigio más allá de los límites comunitarios. Es una competición que se sigue en los cinco continentes: Europa (por supuesto), Asia, América y en cualquier sitio de África y Oceanía donde haya un televisor que funcione y algún tipo de corriente a la que poder enchufarlo. En la competición participan los mejores equipos de Europa, que son objeto de una poda darwiniana que condena al equipo perdedor de la final a un olvido ominoso. Es todo muy duro y muy cruel, como si el juego fuese pensado por la naturaleza y no por la inteligencia del hombre.

En ese contexto de tensión y de responsabilidad, Agustín había preparado antes del partido una bandeja con exquisiteces para picar y unos vasos para servir bebida, pero ni en la mesa ni en la casa había una sola gota de alcohol, una vez comprobado que a él le sentaba tan mal como a Superman la kryptonita. Se volvía otra persona después de tomar el primer trago, ya no veía las cosas igual ni sentía lo mismo, y unas veces despotricaba contra el orden humano o blasfemaba contra el divino, y otras se desinhibía explicando sin mesura temas que a él le interesaban (como la antimateria, la existencia de la nada o el teorema de Gödel). Era muy difícil de soportar cuando se llevaban unas horas escuchándolo. Y si en ese momento de exaltación neuronal se cruzaba en su campo visual alguna representante del otro sexo, o alguien hacía la más mínima alusión a las posibilidades de regocijo compartido, entonces Agustín se convertía en el hombre de las cavernas y había que sujetarlo entre varios. No podía beber una gota de alcohol si quería mantener el artesanal equilibrio que había conseguido en los últimos tiempos.

-Esto de preparar algo para picar es todo un detalle –dijo Vicky al sentarse en el sofá. Llevaba pantalón ligero y zapato bajo, y parecía dispuesta a sentirse cómoda.

-Sobre todo lo he preparado para ti porque en los partidos de fútbol yo me excito mucho y se me va el hambre ¿Qué quieres beber?

-Si tienes una cerveza, me vale.

-Si no te importa, tendrá que ser sin alcohol . Tengo una muy buena

-Pues me vale esa.

Vicky aprovechó para echar una ojeada a los muebles, a los cuadros, a las cortinas, a las sillas y a las mesas cuando Agustín desapareció en busca de la cerveza no espirituosa, y le dio la impresión de que la sala la acogía como si la reconociera y la aceptase. Lo curioso es que se trataba de la misma sensación de tranquilidad y de sosiego que había experimentado en su propia casa durante las últimas semanas, y pensó que a lo mejor se debía a su estado psicológico y no al escenario. Se levantaba descansada por las mañanas, se encontraba más tranquila durante el día y no la agobiaban tanto los temores y las incertidumbres, y hasta había vuelto a reírse con un par de chistes tontos que le había contado su secretaria antes de salir. Pensaba que esa tranquilidad tenía que ver con la ingenuidad de Agustín, al que era incapaz de imaginar urdiendo patrañas y engaños.

-Bueno, aquí tienes tu cero cero fresca –dijo Agustín, dejando la jarra rezumante sobre la mesilla- ¡A ver qué hacen estos!

El partido empezó con unos minutos de tanteo –o sea, nada de nada-, y luego siguieron unos minutos de toque rutinario y juego horizontal, en los que tampoco pasó nada y, a continuación, el juego se desbocó a base de pelotas largas, pérdidas forzadas y contras rápidas, que desorganizaron las posiciones y convirtieron aquello en un correcales. Agustín empezó a preocuparse y se volvió hacia Vicky con el rostro demudado.

-¡Hay que parar esto como sea! Yo cambiaría ya a Rakitic por Aleñá y adelantaría a Sergi Roberto por el carril derecho ¡Coño, si esto lo veo yo, también tendría que verlo el “mister”!

Al cabo de un minuto y medio, el “mister” sustituyó a Rakitic por Aleñá, al que le dijo al entrar que le comunicase a Sergi Roberto que tenía que adelantar su posición en el carril derecho, y entonces Agustín cerró con fuerza los puños, se le

relajó el cuello y la cara y se acercó a abrazar a Vicky, que se levantó del sofá sin dejar de mirar la pantalla. Todavía estaba atónita por la adivinación cuando Agustín le estampó en los labios un beso ostensible.

-¡Me alegra saber que no soy yo solo el que se preocupa por ganar! –exclamó con la naturalidad del que no ha hecho nada que exija explicaciones- No podemos permitir que los errores tácticos nos arruinen la noche tontamente.

Vicky pensó que el beso había sido demasiado bueno para ser una mera expresión de entusiasmo. La había impresionado el contacto de los labios carnosos y firmes de Agustín y la precisión con que se habían apretado contra los suyos durante el tiempo justo para no resultar invasores, y eso no podía ser una casualidad. Sin darse cuenta, se fue acercando a él, contagiada por su capacidad de participación en el juego, hasta que el árbitro señaló el final de la primera parte, que acababa con el mismo marcador que al empezar.

Durante el descanso, Agustín recuperó un poco la compostura pero seguía en estado de excitación, y no pudo acercarse más a Vicky porque los dos estaban literalmente pegados como resultado de sus sucesivas aproximaciones. Ella no se había recuperado del sobresalto y él la miró tan de cerca, con unos ojos tan ingenuos y tan limpios, que Vicky sintió algo que se parecía a la necesidad de adoptarlo para asegurar su protección. En la mirada se adivinaba la perplejidad de un hombre desbordado por las exigencias de un mundo que le resultaba incomprensible y amenazador.

-¡Yo creo que tu y yo tenemos posibilidades de entendernos bien porque contigo me afino! Además, hoy estás más elegante y más relajada que el otro día, a pesar de la incertidumbre del resultado.

-Es que hay que despreocuparse de lo inmediato y circular por el mundo con luces largas. No se puede perder el empuje porque surjan obstáculos. Yo ya cuento con que para ganar la Champions hay que sufrir.

-¡Qué lástima no habernos encontrado antes! –exclamó Agustín, con una expresión que no correspondía en absoluto al pesar declarado verbalmente- Me imagino los esfuerzos que habrás hecho para relacionarte con la gente, con lo bien que te arreglas tú sola. Una persona tan independiente como tú acaba siendo

sociable por generosidad y no por necesidad, y eso el resto de los mortales tendríamos que agradecerlo.

El árbitro inauguró el segundo tiempo con el silbato y los dos se reubicaron en el sofá, ocupando la misma fila y el mismo asiento de minutos antes. Enseguida se vio claro que en el vestuario del otro equipo había habido bronca y que su entrenador les había arengado para que ejerciesen con contundencia y modos viriles una presión alta que les sirviera para evitar el descalabro y tener opciones. Un planteamiento así era intelectualmente insostenible, como Agustín ya había demostrado en su juventud mediante una fórmula matemática que integraba variables de naturaleza empírica (por ejemplo, el consumo de glucosa y nutrientes de cada carrera improductiva, las relaciones logarítmicas entre el fracaso reiterado y la disciplina posicional, las relaciones curvilíneas entre carrera improductiva y pérdida de coordinación muscular, etc.), aunque la táctica seguía sobreviviendo en los campos de fútbol como la moneda falsa en los mercados, y eso resultaba tranquilizador.

-Estamos a punto de marcar el primero –anunció Agustín, volviéndose hacia Vicky con una sonrisa anticipadora de acontecimientos. Ella estaba acomodada en el sofá y él seguía sentado en el borde, por si su equipo lo necesitaba en algún momento y tenía que bajar corriendo al campo.

Y, en efecto, así fue. Los pupilos de Agustín se comportaron conforme a las previsiones del conocimiento empírico y, valiéndose de sus muchos talentos para ocupar espacios y tocar la pelota con pulso, sortearon dos o tres veces la presión alta y ya no tuvieron piedad a la siguiente. Fue un bello gol colectivo, de los de escuadra y cartabón, y Agustín se sintió proyectado sobre Vicky, como si lo hubieran empujado desde atrás. Cayó empotrándose literalmente en el cuerpo de ella, tal vez más por respuesta refleja que por intención de asalto pero, claro, muslo contra muslo, pecho contra pecho y cara sobre cara, a la distancia en la que se perpetran las seducciones. Era imposible no besarla, así que Agustín depositó sus labios sobre los de ella con una dulzura inaudita, desentendiéndose del duro combate que se estaba librando en el césped y ello, a pesar de saber mejor que nadie que el marcador era muy exiguo y que bastaban un par de minutos de

desatención para encontrarse de golpe con el fracaso. Vicky sintió la resolución y el cuidado con que Agustín la oprimía con su cuerpo y la delicadeza con la que deslizaba los labios sobre los distintos puntos de su cara, en un verdadero homenaje amoroso. Además, la cercanía física de Agustín le permitía acceder a sus olores íntimos y, al aspirarlos, se fue convenciendo de que también era posible aspirar a otras modalidades de contacto. Le gustaba mucho como se explicaba Agustín y admiraba su inteligencia poderosa pero, sobre todo, la desarmaba que en sus complicadas ecuaciones no entrasen nunca como variables la maldad o el interés propio.

Fue una velada muy agradable para los dos. En menos de lo que dura un partido se habían atrevido a aproximarse sin prevenciones ni suspicacias, se habían emocionado juntos sin necesidad de disimular y se habían olisqueado un poco para que el cerebro primitivo de cada uno reconociese el cuerpo del otro y le concediera el visto bueno. Antes de la medianoche, Agustín acompañó a Vicky a su casa, y durante el camino le cogió la mano con el pretexto de explicarle que la radiación lunar podía inducir estados de hipnosis a las cigüeñas que anidaban en los campanarios, y ya no la soltó hasta dejarla en su portal, como era preceptivo en los caballeros.

Pero como Agustín era agudo por naturaleza y había escarmentado mucho con sus errores, enseguida reparó que depender de un partido de fútbol para emocionarse juntos no era un planteamiento sostenible: se podía encajar un gol en el minuto diez, y si no se creaba juego o no se tenía suerte, se podía llegar al minuto noventa exhausto, frustrado y sin ganas de fiesta. Por eso decidieron que el próximo encuentro fuese en el domicilio de Vicky para entretenerse con charla y juegos de mesa, en un intento de diversificar sus actividades y de comprobar cómo se desempeñaba Agustín cuando jugaba de visitante.

Los juegos de mesa ya están muriendo, aunque todavía existen algunos que entretienen y exaltan a los pequeños con padres capaces de controlar la consola y el ordenador. En general, son juegos que están pensados para rellenar el ocio y matar el tiempo, y algunos exigen tanta memoria y tanta cabeza –como el ajedrez o el “bridge”- que ensimisman a los participantes y los colocan en las antípodas de

la comunión emocional. Luego están los juegos anestésicos, que van desinteresando a medida que progresan, y que terminan cuando algún participante prefiere volver a su propio aburrimiento en lugar de seguir compartiendo el de los demás. No había buenos juegos de mesa para generar emoción compartida, así que Agustín propuso a Vicky que en lugar de entretenerse con juegos de mesa podían entretenerse con juegos de taberna y, por qué no, con juegos de garito, y ahí es donde el póker salió a relucir como alternativa refulgente.

-El póker es un juego muy equilibrado –dijo Agustín mientras buscaba los naipes franceses- No es necesario tener mucha suerte para jugar bien y la intuición es tan importante como el cálculo. A mí es un juego que me gusta.

-A mí, también –informó Vicky, sin conceder pausa- A veces me dicen que pongo cara de póker, o sea que igual juego mejor de lo que yo misma supongo. Tú, por si acaso, no apuestes alto.

Agustín sintió gozo al constatar lo dispuesta que ella estaba a participar sin arredrarse en cualquier juego que él le propusiera, como si ya estuviera segura de antemano de que los caprichos del azar iban a coincidir con los suyos. Daba confianza estar con una persona así, que parecía entender las cosas antes de acabar de explicárselas y que no tenía ningún miedo a compartir experiencias.

-¿Y qué nos jugamos? –preguntó Vicky, con un tono de voz que se esforzaba en evitar cualquier connotación de provocación o de desafío.

-Desde luego, dinero, no –contestó Agustín- He pensado que podemos repartirnos fichas, y que el que las acumule por encima de una determinada cantidad, se gana el derecho de preguntar cualquier cosa al que está perdiendo.

-¿Cualquier cosa? –preguntó Vicky, a pesar de que lo había entendido bien- Eso quiere decir que el que pierda, encima tendrá que confesar algo, ¿no?

-¡Como siempre, lo has pillado a la primera! Yo creo que cuanto más motivados estemos para jugar, mejor nos lo pasaremos juntos. Los que apuestan con dinero no saben lo que es disfrutar.

Agustín cada vez se encontraba más suelto a medida que el radar de sus ojos iba barriendo el salón sin identificar señales de alarma, y por el comentario que

hizo a continuación, estaba claro que quería explorar más territorio. Le gustaba el estilo de los muebles y el eclecticismo de los adornos, y también los “posters” enmarcados que colgaban de las paredes, como ventanas dibujadas por artistas.

-Si te parece, mientras tú vas barajando, yo me acerco a la nevera a por unas aguas ¿Por dónde se va a la cocina?

La partida empezó con unas manos de prueba para ver por dónde andaba la suerte, y cuando los dos hicieron balance mental de cuánto podían contar con ella, se pusieron a jugar en serio y el naípe empezó a volar con rapidez de un sitio a otro. Agustín percibió con sorpresa que Vicky no mudaba el gesto al comprobar sus cartas y que engañaba mucho mejor de lo previsto, pero enseguida pensó que no era por malevolencia o por falsedad, sino por la exigencia de jugar bien y observar las reglas. Seguramente el aparato mental que se ponía en marcha para engañar en el juego era el mismo que funcionaba para engañar en cualquier otra cosa, pero Agustín evitó entrar en disquisiciones y se centró en las cartas.

En la mano siguiente, Vicky hizo dos descartes y dejó a su izquierda las tres cartas que había elegido para construir jugada con las que viniesen, o sea que podía tratarse de un trío que aspiraba a póker o de un proyecto de full con una pareja asistida. Levantó la esquina de las dos cartas que Agustín le había servido y las identificó con la displicencia de quien cumple con un trámite, luego las colocó sobre las demás para que no sobresaliese ninguna, y se quedó inexpresiva como una esfinge. Agustín se sirvió tres cartas sin dejar de mirarla, puso las tres cartas detrás de las dos que había conservado y después fue desplegando las cinco poco a poco, hasta que pudo comprobar su jugada. El trío de reyes que había ligado podía hacer frente a cualquier otro trío, o sea que Vicky solo tenía un siete por ciento de posibilidades de recibir la carta que necesitaba para poder ganarle.

-Yo voy a apostar cien por esta mano –anunció Vicky, mientras empujaba las fichas al centro de la mesa. Su cara era tan hermética y tan distante que parecía una mujer jugando con desconocidos en una timba ilegal.

Agustín volvió a escrutar el rostro de Vicky sin conseguir información útil y empujó sus fichas hacia el centro de la mesa para igualar la apuesta. De tanto mirar a Vicky para saber lo que tramaba, a Agustín le pareció que su cara

inexpresiva se iba volviendo poco a poco hermosa y elegante, hasta adquirir la belleza de una diosa egipcia. Le sugirió que le enseñara las cartas con una sonrisa y se quedó perplejo cuando ella fue desplegando sobre la mesa una escalera de color que empezaba en el cinco de corazones y acababa en el diez. Vicky lo miró con una cara que ya no era de póker sino de pedir disculpas, y le cogió la mano cariñosamente, antes de decir:

-Esta no te la esperabas ¿eh?

-¡Claro que no! ¿Qué descartes has hecho? ¿Cómo has podido intentar una escalera con tres cartas distintas?

-Es que no fue un cálculo sino una intuición –contestó ella, con una mirada ya casi cándida- Sentí que podían venir las dos cartas que necesitaba y me limité a pedir las.

Aquella confianza con que Vicky se había entregado al destino y su naturalidad para expresarse con complicidad amorosa –sin los silencios ni los enigmas de las esfinges-, aceleraron el corazón de Agustín de tal manera que enseguida se dio cuenta de que lo que él experimentaba no era solo una aceleración cardíaca, sino una excitación general que lo remitía a su pasado disoluto. Por su cuerpo se iban encendiendo hogueras que amenazaban con unirse hasta provocar un incendio global, de los que ya no se controlan con cubos de agua. Era como volver a la prehistoria, pero educado por las experiencias previas y vestido con traje de Armani para no asustar.

-¡Hay que ver lo completa que eres! –dijo él, aterrizando en el ahora- ¿Qué otra cualidad tienes que yo no conozca?

-Para las preguntas indiscretas tienes que acumular más fichas –contestó ella con un gesto de resignación un poco sarcástico- Esa norma la pusiste tú.

Esa tarde se fueron sucediendo las partidas pero, aunque los dos tuvieron suerte y la aprovecharon bien, la balanza no llegó a inclinarse de un modo claro, y ninguno de los dos pudo acumular los puntos suficientes para asaltar con permiso la intimidad del otro. Fue una pena porque los dos estaban predispuestos a dejarse preguntar sobre lo que fuera y ya estaban maduros para conversar a fondo. Al despedirse, Agustín la cogió por la cintura y la besó brevemente en los

labios que ella tenía entreabiertos, produciéndose un deslizamiento de mucosas que supo a poco .

El siguiente encuentro también fue en casa de Vicky, en vista de que Agustín se desempeñaba mejor como visitante, quizá porque en las casas ajenas había que observar más reglas y era más obligada la contención. Además, Agustín ya se había familiarizado con el piso de Vicky y su salón era lo bastante espacioso como para convertirlo en una pista de baile sin necesidad de correr los muebles. Vicky iba a enseñarle a bailar tangos a media luz y a iniciarlo en los secretos del agarrado, que era un tipo de baile que permitía tener a una docente de referencia sobre el terreno para enmendar errores sobre la marcha y aprender rápido.

No se sabe cuándo empezó a bailar el hombre –seguramente muchos después que la mujer- pero, de la misma forma que hay marcapasos para respirar, para dormir y para que el corazón funcione, seguramente habrá también marcapasos para bailar (como la etimología de la palabra certifica), y por eso hay que suponer que lo de menear las piernas y el cuerpo con ritmo ya viene de lejos

En los bailes agarrados se funden dos organismos de sangre caliente con la voluntad de sincronizar sus movimientos y de compartir emociones que se retroalimentan y se amplifican, de ahí que el demonio siempre haya contado con ellos para tentar. La cadera y los muslos han de estar juntos para seguir el compás y los bustos deben comprimirse bien para aspirar al latido unísono, y cuando el calor de cada cual ya atraviesa la ropa del otro y se convierte en calorcillo cómplice, las bocas ya no pueden estar cerradas teniendo un oído tan cerca.

En ese tipo de emoción compartida andaban Agustín y Vicky, con la tácita esperanza de que sus almas se sincronizasen con los violines y sus cuerpos con la percusión. Vicky llevaba un vestido largo y ceñido que no delataba ningún relieve imperfecto, y Agustín se quitó la americana con el pretexto de ganar agilidad para moverse, pero eso era una excusa para encubrir su deseo de recibir el calor radiante de ella sin que la ropa lo amortiguara. En la cara de él se percibía la misma excitación que la de un niño que se sube por primera vez a la montaña rusa de la que tanto le han hablado sus hermanos mayores.

-¿Conoces los pasos básicos o te los enseño? –preguntó Vicky, para empezar por la letra A del capítulo uno.

-No, no, no hace falta. Nada de clases teóricas- contestó Agustín con una autosuficiencia insensata- Prefiero aprender por inmersión.

Y en el piélago se sumergió, sin aletas, sin tubo y sin gafas y, además, sin la certeza de poder hacer pie en aguas tan movidas. Ella puso el primer tango a medio volumen y encajó a Agustín entre sus dos piernas como si fuese a hacerle una llave de judo pero, en lugar de tumbarlo de espaldas sobre la alfombra, lo arrastró con una energía impropia de quien baila para lamentarse. Él se sintió volar de un lado para otro, y al cabo de unos cuantos zarandeos sincopados con la música, su cadera y sus piernas empezaron a moverse por su cuenta, sin recibir órdenes, y su cabeza ya no tuvo que preocuparse de seguir instrucciones y contar pasos. Era algo parecido a lo que le había ocurrido en la adolescencia con las matemáticas, cuando se pusieron a enseñarle las cuatro reglas en el colegio - temiendo su ineptitud-, y en pocas semanas ya navegaba solo y sin brújula entre dígitos, derivadas y ecuaciones de tercer grado.

-¿Y quién coño ha dicho que este es un baile para derrotados? –preguntó Agustín a quemarropa, con la oreja de Vicky a dos centímetros- ¡Este ritmo es para enloquecer!

-Tú baila y no te distraigas –le contestó ella para que tampoco la distrajese de las sensaciones que le orbitaban el ombligo y la iban acalorando.

Agustín se dejó llevar, no se sabe por qué fuerza ni hacia dónde, y permitió que la pelvis se moviera como la de un contorsionista y que los pies se deslizaran sobre el suelo sin apenas tocarlo. Era una pisada ingrávida que no arrugaba la alfombra ni dejaba huella, como si en lugar de alfombra hubiese moqueta o piso encerado. Además, sintió que de su interior emergía una partitura que lo iba moviendo y que se anticipada unos milisegundos a las notas emitidas por el bandoneón, de manera que el control de los movimientos pasó a sus manos por pura lógica. Vicky se desconcertó ante aquella permuta de papeles, y en seguida percibió que Agustín había activado otro yo de los que tenía escondidos en la

cabeza, por si no fueran pocos los otros yos que ya había ido conociendo en contactos previos.

-¿Y tú bailas así porque te salió del cuerpo espontáneamente o lo has ido aprendiendo por tu cuenta? –preguntó Agustín, desde su innata incomprensión de la conducta humana. Después de todo, también había gente que nacía con facilidad para dibujar y para aprender idiomas por ósmosis.

-Yo soy autodidacta en todo –contestó ella con un susurro que le deformó la voz y la hacía parecer otra persona- No somos muy diferentes, aunque tú calculas más de la cuenta para mi gusto.

Cada palabra tiene su lado equívoco y, cuando se habla de cálculos, no está claro si se trata de piedras en el riñón, de intereses no confesos o de hacer operaciones con los números, y por eso se generan malentendidos frecuentes, incluso entre personas de buena fe que se quieren mucho. Lo que Agustín entendió es que Vicky prefería compartir con él experiencias espontáneas en lugar de tener que adaptarse a los programas de computación mental que él utilizaba para parecerse a los demás humanos y, con la ayuda del comentario y del calor animal fue tranquilizándose poco a poco, como un bebé que va mamando. Vicky notó cómo el cuerpo de él se iba distendiendo y se comprimía contra el suyo, con más paz que lascivia.

-Así está mucho mejor –dijo ella cuando él la dobló hacia atrás por la cintura con un ritmo y una vehemencia que para sí quisieran los porteños- Así me gusta que me lleves.

Pero, como ya quedó dicho, Agustín calculaba por necesidad de autocontrol y no por miedo o flaqueza de carácter, y la parte menos matemática de su cerebro empezó a encenderse, al quedar libre de inhibiciones y de frenos. Vicky percibía casi a cámara lenta cómo se iba modificando cada parte del cuerpo de Agustín que estaba en contacto con ella (los muslos se volvían firmes y poderosos, los brazos la estrujaban con un vigor creciente, los dedos la oprimían como garfios y la boca ya rozaba el pabellón de su oreja), en una metamorfosis inesperada que era más del alma que de los pies. Durante unos segundos se le erizó la piel

imaginando qué hubiese pasado si en lugar de iniciar la docencia con el tango la hubiesen empezado con el “swing”.

-¡Tú sí que me llevarás al abismo! –exclamó él, con palabras entrecortadas por el jadeo.

Vicky sintió que la pelvis de Agustín la iba dirigiendo como si hubiese cogido la batuta, empujándola de derecha a izquierda y de atrás adelante con la armónica convicción de un director inspirado. Los dos se iban emocionando con cada nota y ya estaban sudorosos por la proximidad y el ejercicio, así que no faltaba nada para que se fundieran en un abrazo más duradero que la música. Vicky no acababa de entender la creciente reivindicación de su piel para dar y recibir cariño y Agustín ya no sabía de quién era la batuta que marcaba el ritmo, aunque sospechaba que era de los dos por lo bien que modulaba cada acorde. Cuando el tango se acabó, ellos siguieron con su propio baile, que ya no era de reproche ni de luto sino de amor y exaltación.

-¡Ayer casi no me dejó decir nada! –protestó Fermín al encontrarse con Salazar al día siguiente- En cuanto leyó el capítulo salió corriendo como si perdiera el tren.

¿Es que le ha surgido algún problema?

-No, ninguno. Le pido que me disculpe por tanta prisa, pero es que iba con el tiempo justo y no quería llegar tarde a una cena que era importante. La verdad es que me fui un poco incómodo por marcharme así.

-¡Nada, no se preocupe! A mí no tiene que darme explicaciones de nada. Ya hace usted bastante con concederme el honor de ser el primero que escucha su relato ¿Llegó puntual a la cena?

-Si, si

-Bueno, pues ya está.

-¿Y qué le ha parecido el capítulo? –preguntó Salazar para acabar con las justificaciones y volver al camino trillado.

-Pues me pareció extraordinario, la verdad. Durante la noche estuve pensando lo bien que está Vicky de humor y lo atinadas que son sus respuestas. Da la impresión de que Agustín le transmite paz y la mejora mucho.

-¿Ya no cree que está bien por los antidepresivos?

-Seguro que está bien gracias a ellos, pero ¿qué más da? Se está bien o se está mal por muchas cosas que no sabemos. Mi mujer descubrió un día que me entendía mucho mejor cuando dormíamos la siesta juntos al lado de los jazmines de la terraza.

-Existen muchas realidades inexploradas por la razón que solo son accesibles a la literatura –convino Salazar desde su condición de intelectual más interesado en la carpintería narrativa que en los misterios del universo- ¿Qué le ha parecido lo de la emoción compartida? Esa es la parte del relato más delicada.

-Eso de la emoción compartida no sé si lo entiendo bien. Parece que Agustín necesita echar mano de otras emociones para encender el motor de arranque y ponerse en marcha ¿Es algo así o voy desenfocado?

-Si, es algo así. Necesita compartir la emoción con ella para poder ir subiendo el voltaje sin descarrilar. Es un hombre que necesita lazarillo para el amor.

-Sin embargo, para trabajar en el negocio de la familia parece que sirve. Su padre no le tiene afecto y lo vigila, pero no acaba de cesarlo porque le salen los números. Los empresarios son capaces de tragar cualquier cosa con tal de que dé dividendos. Yo lo sé muy bien, que fui enlace sindical y negocié convenios durante muchos años.

Salazar carraspeó de manera instintiva, no porque le picase la garganta sino para interrumpir el discurso de Fermín con algún ruido. Prefería no extender la conversación a asuntos ajenos a su texto, sobre todo porque intuía que la curiosidad del jubilado era ilimitada y que sus numerosas experiencias biográficas solo le habían servido de aperitivo para saciarla. Había que ir empujándolo hacia el redil como se empuja a los toros en los encierros, y en su cara siempre había algún gesto de duda o de necesidad de pedir aclaraciones. Procuró que en su voz no hubiera ningún timbre de fastidio o de cansancio y esbozó una media sonrisa para dar suavidad a sus palabras.

-¿Y qué opina de Agustín como persona? ¿Cree verosímil que a Vicky pueda gustarle?

-Ya veo que a usted eso de lo verosímil le preocupa mucho. Pero ¿cómo se puede saber si algo es verosímil o no? ¡Y no digamos ya si se trata de personas! Si le presentase a las personas que más ha influido en mi vida y le resumiese cuatro cosas de cada una de ellas, a usted le parecerían inverosímiles y no podrían salir nunca en un relato. Pues a mí me gustaron precisamente por eso: porque eran distintas.

-¡Ya, ya, ya entiendo! –reclamó Salazar – Pero por eso es importante la descripción de la conducta del personaje para que no quede en una caricatura forzada.

-Bueno, Agustín un poco caricaturizado yo entiendo que está, pero acepto que usted lo haya decidido así como recurso literario –señaló Fermín con una sonrisa de colega- Pero yo creo que representa a muchos sujetos que han nacido con defectos de fábrica y no son capaces de aprender nada. Por lo menos, Agustín se esfuerza en usar las cualidades que tiene para intentar compensar sus rarezas.

-En efecto, es un hombre que fabrica su propia ortopedia sin reclamar la ayuda de nadie.

-¿Cómo ha dicho? ¡Ah, la ortopedia! Lo de las prótesis, ¿no?

-Sí, eso es.

-Pues está bien visto, si señor ¡Es exactamente eso! Es un hombre que se las arregla como los ciegos, compensando unos sentidos con otros para no llamar la atención y hacer las mismas cosas que los normales. Yo simpatizo mucho con la gente autónoma.

-¿Y cree que una persona así puede despertar en Vicky amor o pasión?

-¿Y por qué no? Usted se habrá asombrado como yo de enamoramientos absurdos y de pasiones muy difíciles de entender ¿Qué más da que esta pasión, o lo que sea, tampoco la entienda nadie?

-Y, volviendo a Vicky, ¿cómo la ve en los encuentros de emoción compartida? – preguntó Salazar, poniendo freno a la deconstrucción que Fermín iba haciendo y que amenazaba con alcanzar el meollo del relato mismo.

-¡Esa chica sí que tiene recursos! Y encima no sabe que los tiene y se sorprende cuando se acomoda sin esfuerzo a los juegos que Agustín le propone. Bueno, en realidad, los juegos los propone ella, pero Agustín ni se entera ¡Qué temple y qué mano izquierda para manejar el cotarro!

-¿Y no ve nada forzado o artificial en ella?

-¡Qué voy a ver, si soy incapaz de imaginármela! Me habría ayudado un poco más de descripción física, porque no sé la cara ni el cuerpo que tiene y acabo pensando en ella como quien piensa en un fantasma. No sé si es gorda o delgada o si es rubia o morena ¿No podría dar alguna pista para reconocerla por si me la tropiezo por la calle?

-¡Hombre, esa salida ha estado graciosa! –afirmó Salazar sinceramente- Pero vuelvo a repetirle que la convención narrativa del relato corto es muy exigente y que los personajes son pretextos para contar historias complejas en muy pocas páginas.

-Bueno, ya sé que si me sale con esas tendré que callar, pero unas líneas para describir de qué color tenía los ojos o cómo era la piel tampoco habrían ocupado tanto- insistió Fermín sin soltar su hueso.

-¡Pues póngale la cara y el cuerpo que quiera! –contestó Salazar, domesticando otra vez la voz para no exteriorizar su impaciencia- Yo creo que es lo que acaba haciendo el lector siempre, aunque los personajes se describan con detalle al principio.

-Eso también es verdad. Cuando empecé a leer intentaba acordarme de la descripción de la cara de cada personaje y, luego, al ir avanzando páginas, se me iban borrando las facciones y al final ya solo me quedaba con el nombre y con la idea que yo me había hecho de cada uno. Ya es difícil retener en la retina la imagen de una persona conocida, así que imagínese retener la de una persona que no has visto nunca.

A continuación, Fermín se acercó un poco más a Salazar sin rebasar la línea imaginaria que separaba la proximidad de la invasión, y en su cara se hicieron patentes las arrugas que siempre le salían cuando estaba preocupado. Habló en un tono de voz grave y consternado, como quién pide perdón por sus muchos pecados.

-Tiene usted que disculparme otra vez. Yo me sublevo cuando la gente habla sin ton ni son y se atreve a discutir con profesionales, pero luego vengo yo y le digo a un escritor de altura como usted cómo tiene que describir a los personajes. La próxima vez que le falte al respeto, écheme de la lectura y mándeme a mi casa.

-¡No, hombre, no, tampoco hay que ponerse así! De faltarme al respeto, nada. Usted opina para hacerme un favor que le pedí yo, y opinar no es lo mismo que discutir, así que no le dé vueltas.

-Bueno, con eso que me dice me quedo más tranquilo. También tiene que entender que para mí es muy importante esta experiencia de que me lean en voz

alta. He descubierto que lo entiendo todo mejor y que se me ocurren muchas más cosas que cuando leo yo solo.

-¿Y no será que necesita gafas para leer?

-Tuve que hacerme unas hace años porque salía de la biblioteca con la cabeza como un bombo de tanto forzar los ojos y apartar el libro para poder distinguir las letras. Ahora, con las bifocales eso lo tengo resuelto pero es mucho mejor que otro te lea. No solo por comodidad y por no cansar la vista, sino porque la entonación enriquece mucho.

-Eso dicen los ciegos con los audio-libros de la ONCE. Algunos que han recuperado la vista prefieren escuchar novelas en lugar de leerlas porque la voz los lleva más lejos y los mete mejor en la historia ¡Ya ve lo que el cerebro es capaz de hacer para responder a las necesidades!

Una observación de este tipo colaboraba a soltar más sedal en aguas en las que no había peces y por eso Salazar se arrepintió de ella en cuanto salió de sus labios. No podía permitirse la flaqueza de hablar de esto y de aquello y transformar el taller literario en charla de barbero o tertulia de casino. Algo similar debió percibir Agustín en aquel breve silencio que se impuso, y en su expresión reconcentrada se adivinaba el propósito de volver sin más distracciones a la literatura concreta.

-Aunque usted no lo deja claro, supongo que cuando los dos no se ven Vicky trabaja y hace vida normal, ¿no? –preguntó Fermín, abriendo los ojos con énfasis- Es que estaría bien saber si sigue con su rutina de siempre o si vive mejor y está más contenta desde que lo conoce.

-Pero, vamos a ver, ¿voy a tener que explicarle otra vez los cánones del relato corto? –contestó Salazar, sorprendido- Y no lo digo para reprimirlo ni para taponarle la boca, que ya sé que todo lo dice por curiosidad y no por faltarme. Pero los cánones del relato corto son los que son.

-Como usted dijo que era un relato corto un poco largo...

Haciendo como que no había oído el comentario, Salazar sacó el manuscrito de la gastada cartera de cuero que lo acompañaba y lo desplegó ante Fermín con una lentitud algo solemne. Había vuelto a grapar las hojas y en la primera y en la

última se apreciaba una fatiga de materiales que daba un cierto empaque al delgado fajo de páginas. Esperó a que Fermín se sentara y le anunció con voz casi radiofónica:

- Ya llegamos al capítulo final. Vamos a ver en qué queda toda la historia.

-¡Qué lástima que se acabe! Todo lo bueno dura poco.

A partir de la primera sesión de baile, y de otras muchas que se sucedieron a día acordado, la relación de Agustín y Vicky fue adquiriendo consistencia y exigió una precisión mayor del reglamento que debía encauzarla. No podían estar todo el tiempo bailando, jugando al póker o viendo fútbol (sobre todo si se pensaba que no había competición en el verano), y aunque la excitación del cuerpo se había impuesto momentáneamente a la razón, seguía pendiente la definición del marco conceptual y el acuerdo de cláusulas concretas. Esa necesidad de precisión era más acuciante para Agustín que para Vicky puesto que a ella no le costaba adaptarse al planeta en que había nacido y él tenía que hacer esfuerzos ímprobos para entender el sistema de comunicaciones terráqueo, como ya quedó dicho.

-Si no te importa, quisiera puntualizar algunas cosas –dijo Agustín, con una sonrisa que a Vicky le parecía algo forzada- Ya sabes que a mí me cuesta entender a la gente y que a veces soy torpe en según qué cosas, así que no te extrañe que necesite concretar cómo tiene que ser nuestra relación para aclararme. A lo mejor, algunas de las cosas que te digo te parecerán inapropiadas y ya te pido disculpas de antemano.

Vicky lo miró con un gesto de inquietud –aunque, en realidad, era más expectación que miedo a nada- y casi llegó a compadecerlo del esfuerzo que estaba haciendo para explicarse con propiedad. En la frente de Agustín había un ligero brillo que Vicky no había visto hasta ese momento, y le daba la impresión de que también tenía las manos húmedas y la boca seca, como los estudiantes que se examinan.

-Para saber dónde me meto, vengo analizando desde hace meses cómo son las relaciones de las parejas que duran, y la verdad es que no resulta fácil sacar

conclusiones. De entrada, lo que más llama la atención es lo rápido que se extingue la pasión inicial y lo difícil que es poner nombre al residuo que queda. Algunos lo llaman cariño y otros afecto, pero esos términos tampoco son apropiados para describir el fastidio con que se toleran la mayoría de los parejas que sobreviven. Cuando se conoce a alguien de cerca es más fácil dejar de respetarlo.

-Eso dependerá de cómo sea ese alguien –objetó Vicky para no cerrar todas las puertas de golpe.

-Claro, claro, pero yo hablo de la gente corriente y no de los mirlos blancos, en caso de que existan. Pero es que, aunque existieran, ni siquiera ellos pasarían la prueba de la convivencia prolongada sin perder encanto. El tiempo lo mata todo.

-Por eso hay que aprovecharlo –opinó Vicky, sin sumarse a la visión pesimista de Agustín, aunque la compartía plenamente.

-Yo creo que la luna de miel no dura mucho. Bueno, no dura casi nada –subrayó él- Desaparece a medida que se va imponiendo la vida diaria.

-¿Y qué solución se te ocurre para evitar ese desastre?

-Pues solo se me ocurre dosificar la convivencia. Está claro que cuando uno sabe bien cómo es el otro desaparecen los misterios y el futuro ya se puede predecir. La clave está en no acabar nunca de conocer al otro ni saber lo que quiere en el fondo. Sólo así se pueden seguir anticipando mentalmente paraísos insensatos con él.

-Ya veo que has pensado mucho sobre el asunto –observó Vicky, como si ella hubiese vivido hasta entonces en la despreocupación- Pero yo creo que hay excepciones y que no vale la pena andar con teorías sobre el futuro.

-Eso lo dices tú porque eres una excepción. Eres fuerte e independiente y no necesitas a nadie para hacer tu vida. Pero los que no hemos nacido así y encima somos raros necesitamos alguna teoría para sobrevivir en los berenjenales en que nos metemos.

Al pronunciar la palabra “berenjenales”, Agustín esbozó una sonrisa de disculpa, como si ya estuviese habituado a aceptar la responsabilidad de sus errores. Lo que para otros resultaba sencillo e inmediato, para él era un galimatías que le

obligaba a recurrir a la lógica formal y al cálculo matemático, de acuerdo con el principio pitagórico de que el número era la medida de todas las cosas. En cambio, Vicky parecía no necesitar cavilaciones accesorias para descifrar el significado de lo que iba viviendo, y aunque a Agustín le emocionaban la comprensión y la paciencia con que ella lo escuchaba, tampoco quería adelantar juicios ni hacerse ilusiones antes de entenderlo todo bien.

-Si los datos que yo tengo son correctos, una pareja que trabaja y que no tiene hijos dispone de unas seis horas diarias de tiempo de contacto, si no cena pronto –dijo Agustín abriendo la mano derecha y levantando el índice de la izquierda- De ese tiempo hay que descontar al menos una hora y media para desplazamientos, recados e imprevistos, y otra media hora para desconectar del trabajo y ponerse cómodo. En total, son unas cuatro horas reales de tiempo libre.

-Yo ceo que son más. No cuentas las horas de la noche –apuntó Vicky, con un gesto de pícaro.

-Por mucho que una pareja se quiera, por la noche también duerme y yo no soy amigo de mezclar las necesidades fisiológicas con el amor. Cuando ya no se discrimina bien entre quitarse la ropa para ponerse el pijama y desnudarse para alcanzar el éxtasis, todo acaba siendo un batiburrillo doméstico. De eso ya deducirás que soy partidario de no compartir ese tiempo equívoco.

-¿Me estás diciendo que es mejor que cada uno duerma solo y siga viviendo en su casa?

-Si, eso digo. Comprendo que como yo lo explico puede sonar algo duro, pero ya me dirás qué se gana contemplando a alguien que duerme y que se despierta de mal humor y con legañas. Eso no ayuda nada a aproximarse.

-Y además, puede roncar o hablar mientras duerme –añadió Vicky con una sonrisa comprensiva.

-Bueno, pero eso ya es patología y yo soy muy comprensivo con la gente que tiene problemas.

Agustín se quedó pensativo como si pasara revista a sus argumentos y luego miró a los ojos de Vicky con la aprensión del opositor que teme ser suspendido en cualquier momento. Cada palabra y cada frase era una oportunidad para

equivocarse y alejarla de él sin remedio, y eso hacía que estuviese atento a cualquier señal de contrariedad o de decepción que pudiera reflejarse en sus ojos. No obstante, Vicky seguía con su gesto de escucha afectuosa, y en su mirada no había ningún indicio delator de su estado interno, como si todavía siguiera jugando al póker.

-Yo entiendo que un planteamiento así puede parecer un poco frío –continuó Agustín, con el propósito de tranquilizarla- Pero lo que realmente cuenta es el compromiso, que eso sí que depende de la voluntad de uno. Yo te propongo que nos casemos para que quede muy claro que voy en serio. Yo no estaré nunca con ninguna otra mujer mientras tu quieras estar conmigo y me comprometo a poner todo esto por escrito para responsabilizarme ante terceros.

-¿Qué terceros?

-¡Qué sé yo! La sociedad y los jueces, supongo. Quiero decir que el matrimonio será público y que se va a registrar en los libros. Yo propongo incluir unas cláusulas adicionales para protegerte.

-¿Para protegerme de qué?

-De mí. A lo mejor no sirvo como marido o tú encuentras a otro hombre que respeta mejor tu independencia. No soportaría ser un estorbo para ti. En realidad, sería por un período de cinco años, que es el tiempo que dura la pasión.

-¿Dura tan poco?

-Bueno, es un promedio. Al cabo de ese tiempo los dos sabremos a qué atenernos y tendremos información y libertad para acabar con nuestra historia o prolongarla. Yo creo que así será menos probable que nos equivoquemos.

-¿Y qué vida llevaríamos en esos cinco años? –preguntó Vicky, sin acabar de imaginarse el panorama.

-Pues es eso lo que tenemos que concretar. Pero antes quiero aclararte que te compensaré económicamente por los perjuicios que pueda causarte si al cabo de los cinco años decides separarte y rehacer tu vida. Yo creo que tú arriesgas mucho más que yo y eso merece un reconocimiento de antemano.

-¿Y por qué supones que arriesgo tanto, si me ves tan independiente y tan sobrada? Ahora resulta que vas a protegerme como a una inútil.

-¡No, no, no lo digo por eso! –protestó Agustín, con la expresión de quien recibe un pisotón inesperado en un callo sensible- Lo digo porque tú llevas una vida mejor que la mía y a ti te será mucho más difícil tratar conmigo, con lo raro que soy.

Vicky lo miró atónita, pero como en su vida previa se había dedicado a camuflar y esconder sus interiores, transformó su expresión de sorpresa en un gesto de curiosidad, con la idea de no entorpecer el progreso de la charla. Agustín cada vez le parecía más asombroso y menos raro, o quizá la asombraba lo raro que era, o tal vez el asombro la impedía calibrar con precisión la verdadera dimensión de su rareza, pero eso daba igual. Lo que importaba era su incapacidad para la doblez y la impostura y su ingenua obstinación en hacer bien los deberes para llegar a ser un hombre sin tacha. Tenía una cabeza extraña que destripaba todo lo que le entraba por los sentidos, como si su cerebro animal se negara a cumplir con sus funciones elementales de mamífero gregario y él tuviera que recurrir al cerebro pensante para rellenar esa laguna. Inspiraba lástima cuando echaba mano de las ecuaciones con tres incógnitas para resolver problemas que no eran problemas para los niños y que cualquiera podría solucionar de carrerilla. Pero tampoco era verdad que inspirara lástima porque, cuando cogía un tema en apariencia banal y empezaba a darle vueltas a su manera, lo exponía con una convicción y una solvencia comparables a las de Euler, Einstein, Darwin o la de cualquier otro gigante de la mente. Además, su tesón y su esfuerzo eran propios de pioneros del Oeste o de astronautas, o sea, de gente que tenía que ser muy firme para adentrarse en tierra incógnita con la esperanza de encontrar un buen lugar.

-Volviendo al tema de las cláusulas para protegerte, te voy a resumir cómo las entiendo –continuó Agustín para no posponer más la explicación de cómo iba a resarcirla en caso de que hubiera platos ratos- Sería bueno que fueses registrando las oportunidades que pierdes por estar conmigo y que hagas una tasación aproximada del dinero que te tengo que abonar si lo nuestro fracasa. Ya sé que es un trabajo administrativo muy fatigoso, como guardar todos los recibos y las facturas para la declaración de Hacienda, que ya nos hemos acostumbrado a hacer sin rechistar.

-Pero de las oportunidades perdidas no tendré ticket –objetó Vicky para prevenir posibles acusaciones de sisa- ¿Cómo voy a justificar lo que valen sin ninguna referencia razonable? ¿O cuentas con algún auditor para que vaya tasándolas mensualmente?

-Eso es una idea, pero no hace falta. Además, yo me fío de tu palabra y creo que podremos arreglarnos sin necesidad de recurrir a nadie.

El discurso de Agustín estaba tan articulado como las entrañas de un robot y resultaba de utilizar un árbol pensado para tomar decisiones en lugar de dar fruta. Él no siempre era consciente de que su cabeza funcionaba por defecto con un programa que lo traducía todo a números –para él, era el equivalente de pensar-, pero lo que en realidad lo dejaba exhausto era el esfuerzo por mimetizar las emociones de Vicky, que parecía una mujer muy experta en sentir. Ella se fijaba en cómo él cerraba los puños con fuerza en cada afirmación y cómo iba relajándose y abriéndolos si ella mantenía su cara amable y no oponía reparos a sus palabras o al tono que empleaba para explicarse. Una persona como Agustín ofrecía a Vicky la ventaja de librarla del calvario de preocuparse por el futuro y de temer el engaño o la traición; en primer lugar, porque le ofrecía un porvenir cuadrulado, incluso asegurando la devolución de fianzas no depositadas y, luego, porque el cerebro de Agustín no estaba preparado para andar con falsedades y hacer de malo. Y, eso, sin referirse a sus anormales capacidades amorosas, que la habían transportado, en sucesivas etapas, a la cimas del Teide y del Mont Blanc, con la perspectiva inmediata de acceder a la del Everest, sin llevar “sherpa”. Todavía estaba asimilando aquella naturaleza exuberante que no tenía mecanismos de frenado cuando abría sus compuertas para desparramarse sobre ella.

-También tendríamos que hablar de cómo organizarnos –siguió explicando Agustín para no dejar ningún cabo suelto. Con algunos cabos sueltos se habían ahorcado parejas que iban muy bien- Si te parece, podemos vernos los fines de semana, pero no todos, y acordar de manera flexible otro día de la semana para quedar. Hay que evitar la rutina como sea.

-Pues si te digo la verdad, a mí una relación tan programada me sigue pareciendo antinatural.

-¿Y por qué tiene que ser natural? Hay muchos maridos que por fin hacen de padres cuando se separan o se divorcian y se ven obligados a programar encuentros regulares con sus hijos. Algunos se relacionan por primera vez con ellos gracias a eso. Yo creo que hay parejas convencionales que se relacionan menos de lo que vamos a relacionarnos nosotros, si es que tú estás de acuerdo con mi plan.

-¿Y si uno de los dos quiere ver al otro, al margen de los días concertados? – preguntó Vicky, en defensa de la espontaneidad de los que no necesitaban algoritmos para experimentar sentimientos.

-Eso no ocurrirá, te lo aseguro. Si quedamos así, quedamos así. No voy a molestarte con impertinencias ni voy a saltarme los acuerdos.

Era enternecedor el modo en que Agustín caminaba por la vida, cuidando de que su pie no se metiese en algún agujero o pisara alguna mina que lo esparciera todo por los aires. Además, también estaba atento a los efectos de cada pisada para ver cómo influía en el universo de los otros, al que aspiraba a pertenecer sin tener papeles. Para él, casarse con Vicky era una solución para colarse en el orden normal en calidad de consorte, como los inmigrantes que se casan por poderes para conseguir la nacionalidad. Vicky podía llevarlo de la mano para que no lo asustasen las fieras y aprendería a moverse bajo su tutela, lo que tampoco supondría ningún descrédito puesto que mucha gente hace con naturalidad de cicerone cuando algún amigo de la infancia visita su ciudad. Luego, de vuelta a casa, él podía pasar a hacer de cicerone para acompañar a Vicky por senderos que llevaban a mundos que no eran normales, pero que él conocía y controlaba precisamente por eso. El acuerdo entre los dos era un acuerdo que se parecía a un negocio, aunque era un negocio a la japonesa –en busca del beneficio recíproco- y no a la norteamericana, en la que siempre tiene que haber perdedores para que alguien pueda ganar algo.

-¿Y cuándo y cómo quieres que nos casemos? –preguntó Vicky para hacerse una idea de hasta dónde llegaba la trama que cerraba el acuerdo- Es para organizarme en el trabajo y cerrar mi agenda.

-La fecha podemos acordarla para cuando te convenga, pero tampoco hay que dar largas. Cuanto antes sepamos a qué atenernos, mejor para los dos. En cuanto al cómo, iremos al juzgado, que es dónde se casa la gente.

-¿Y después de la ceremonia nos iremos de luna de miel o cada uno se volverá para su casa?

-Naturalmente que volveremos a nuestras casa ¿qué íbamos a hacer por ahí perdiendo el tiempo? La luna de miel es un invento comercial de las agencias de viajes.

Ese sentido práctico que trituraba la carne desconcertaba un poco a Vicky porque no casaba con otras delicadezas y otras ternuras que Agustín había ido mostrando en otros contextos. Después de todo, había hombres de cerebro normal que eran más impresentables y menos buenos, y eso sin hablar de la inteligencia, que si se hablaba de ella no había color. Lo probable era que Agustín se fuese entrenando a compartir más tiempo con ella sin inquietarse y que antes del quinquenio ya pudiesen vivir juntos como consecuencia natural de desearse. Ella podía serenarse también al contar con un trozo de futuro con salvaguarda, y entretanto tenía cinco años de margen para aprender a vivir sin temor al futuro siguiente.

-Por cierto, también quiero presentarte a mi padre antes de que la enfermedad acabe con él. Me gustaría que pudiese ver que por fin he sentado la cabeza y que puede morirse tranquilo.

-Claro, pero, ¿qué opinará de este tipo de matrimonio?

-Él no tiene que opinar nada. No tiene por qué entrar en nuestros asuntos, como tampoco debería hacerlo ningún padre. Las familias y los clanes están pensadas para suprimir a los individuos durante varias generaciones, y hay que huir de ellas como de la peste.

-¿Y anunciaremos la boda a nuestros amigos?

-¡Pues claro! Yo ya te dije que voy en serio y que me responsabilizo de casarme contigo ante terceros. Pero de invitar a los amigos tendrás que ocuparte tú porque yo no tengo.

-¿Y tú no quieres conocer a mi familia? –preguntó Vicky con la esperanza de que no quisiera, no porque se avergonzara de enseñarlo sino porque estaba muy alejada de los suyos.

-Yo no lo necesito para nada, pero si tú lo prefieres, por mí no hay problema. Tú eres la que nos conoces a todos, así que ya decidirás lo que te parezca más adecuado.

Y mientras hablaban de esto y de aquello se hizo de noche y Vicky estiró el brazo para encender una lamparita que emitió una luz simbólica, tan simbólica, que no iluminaba. Solo se veían sus sombras y sus movimientos, no sus caras ni sus gestos, de modo que cada uno podía sentirse libre del escrutinio del otro y entregarse al disfrute personal sin testigos. Tenían una lista interminable de tareas pendientes –desde marcar en el calendario los días para verse hasta pedir hora en los juzgados y reservar mesa en un restaurante para celebrarlo con los amigos– aunque todo parecía fácil y liviano con tan poca luz. La piel de Vicky volvió a erizarse cuando Agustín empezó a acariciar la cara interna de su antebrazo y sus cuerpos se juntaron sin los titubeos ni las prevenciones de otras veces, posiblemente porque ya se iban deseando por su cuenta, sin que Agustín y Vicky se enteraran. Sin decirlo de una manera explícita, los dos consideraron que ya se habían abordado debidamente todos los puntos de la orden del día y que ya podía levantarse acta de que la sesión se cerraba sin objeciones ni enmiendas al articulado, una vez aprobadas las cláusulas de salvaguarda y los anexos con el glosario. La falta de precisión con algunas fechas y la posposición acordada de algunos detalles no eran propiamente cabos sueltos y, en caso de que lo fueran, eran cabos sueltos demasiado cortos que no daban para ahorcarse.

-Parece que se acabó –dijo Fermín, en voz baja. En su mirada había la misma tristeza resignada del que se despide de un ser querido que tiene que coger el tren- ¿Y no va a haber segunda parte?

-No puede haber segunda parte –repuso Salazar con un tono que daba a entender que no iba a volver a repetir lo que ya estaba hablado - Si hubiese segunda parte, en lugar de un relato corto sería una novela por entregas.

-¿Y qué diferencia hay entre un relato corto que es demasiado largo y una novela corta? Es que yo no acabo de verlo.

-No solo se trata del número de páginas, que eso puede variar mucho con los tipos de edición, sino de la estructura narrativa, que sigue reglas distintas en cada caso. Yo creo que esto ya se lo expliqué tres veces.

-Pues debo ser yo, que no lo pillo, y eso que da gusto oír cómo se explica. Pero yo sigo sin ver claro cuándo un relato corto que es un poco largo pasa a ser una novela corta ¡Eso tendrá que estar escrito en alguna parte!

-¡No existen las tablas de la ley en materia de creación literaria! –protestó Salazar con un tono doctoral que no ocultaba su fastidio contenido- Si hubiese leyes y reglamentos ya no sería posible la creación que, en realidad, es un acto de rebeldía y de ruptura. Esas etiquetas literarias son convencionales y forman parte de un código implícito, que también se puede saltar.

-¡Hay que ver qué grande es ser escritor! ¡Qué fantástico tiene que ser eso de sentirte libre para fabricar los personajes y los mundos que te de la gana, pasándote por el forro las convenciones y los reglamentos!

-Pero ¿por qué se empeña tanto en discutir sobre la extensión del relato? – preguntó Salazar, empujado por su tendencia natural a hablar únicamente de lo útil- Lo que importa es si la historia interesa y está bien contada. Cada historia se puede contar de mil maneras.

-Hombre, no se moleste, porque si le pido más páginas es porque las que ha escrito me han gustado tanto que me da mucha pena que ya no haya más. No interprete lo que le digo como una crítica ¿Quién soy yo para decirle a usted cómo tiene que escribir?

-No me molesta, no me molesta –aclaró Salazar, cerrando un poco los labios para que no se viera cómo apretaba los dientes. El objetivo era mantenerse sereno y ecuánime ante el ciudadano medio, que era el que tenía que comprar el libro- Los lectores son los que dictaminan quién sabe escribir y quién no, y además ya quedamos en que usted tendría que opinar y pronunciarse sobre el texto.

-Es lo que hago, es lo que hago. Pero tengo que reconocer que me hubiese gustado saber más cosas de Vicky. Yo creo que ese personaje tiene mucha miga.

-¿Y por qué lo dice?

-Porque primero se la describe como elegante, fina y ambiciosa, o eso me pareció a mí, aunque no sé qué cara tiene. Luego se insinúa que es calculadora e interesada, y que se acomoda a lo que sea como un camaleón para salirse con la suya.

-Sí, algo así.

-Además, es muy desconfiada y parece resentida con los hombres, pero resulta que se nos vuelve sentimental y amorosa de golpe, y ya me dirá usted cómo se entiende eso en una persona con su historia y con su modo de ser.

-¿Y por qué no? El amor la transforma. Ese es el meollo del relato –aclaró Salazar con una voz que era más trémula que convincente.

-Hombre, yo soy de los que creen en el amor porque cambió mi existencia y me hizo persona. Pero, claro, yo no pensaba que el relato era una historia de amor, la verdad sea dicha. A mí me parece que el personaje de Vicky daba para más.

-¿Cómo que daba para más?

-Bueno, a lo mejor es que yo soy un poco rebuscado o cavilo más de la cuenta, pero al final de cada capítulo trataba de imaginarme qué estaría pasando por su cabeza en cada una de las peripecias que usted iba contando. Una mujer así no para de tramar.

-¿Y qué tendría que haber tramado? –preguntó Salazar, sabiendo que su pregunta era imprudente.

-Pues algo. Lo lógico es que una mujer como ella, que no puede parar de tramar, trame algo. Además, esa facilidad para representar tan bien distintos papeles invita a pensar que puede fingir cualquier cosa. Bueno, no es fingir, es meterse en el papel como las actrices, que pasan a ser otras personas cuando trabajan. No sé si me explico bien.

-Si, se explica bien, pero yo creo que los temores y las preocupaciones de Vicky se mencionan en el texto claramente. No creo que haga falta insistir mucho más.

-¡Ya, ya, ya sé que así son las normas del relato corto! Por eso yo pensaba que un personaje como Vicky merecía una novela, aunque fuese corta, para no dejar cosas en el tintero. Oiga, entiéndame bien, que ya sé que estoy abusando de su amabilidad y que a lo mejor digo sandeces, pero es una pena desperdiciar a un personaje así. A lo mejor, con unas páginas más ya bastaba para sacarle el jugo.

-¿Qué jugo?

-El que debe tener, que seguro que es mucho. Yo por algún momento pensé que ella había planificado el encuentro con Agustín de antemano para atraparlo en su red. Pero claro, fue una cosa más intuitiva que racional porque tampoco sabemos nada de lo que había hecho en los meses previos a quedar con la amiga. Es que el relato corto se queda muy corto para algunas cosas, y conste que eso no tiene que ver con usted, que escribe divinamente y no hace más que seguir los cánones esos.

-¿Y cómo podía planificar el encuentro de antemano? –preguntó Salazar, con un interés que ya no era solo para cubrir las formas- La información que doy al lector es la que es. No veo que se pueda sacar más punta a lo que cuento suponiendo cosas que no hay.

-Hombre, eso depende de quién lea el relato, que eso me lo explicó usted muy claro y muy bien y, además, estoy de acuerdo. Usted me dijo que en el relato había vaguedades a propósito para que el lector se imagine lo que falta como a él le parece. Como le comenté, a mi me pareció que Vicky había tramado el encuentro con Agustín porque eso era lo que mejor explicaba su facilidad para

conducirse como tocaba en cada momento. Eso es porque seguía un guión ¿O usted no lo ve así?

-Yo no veo nada ¿Cómo voy a verlo si esa parte del relato queda a oscuras? Y además queda a oscuras intencionadamente para que el lector no se distraiga y se centre en el hilo narrativo.

-Eso también puede hacerse para despistar y sorprender al lector. Como los magos, que te enredan para que mires a la mano derecha mientras te hacen el truco con la izquierda. Yo eso lo veo en los cuentos que acaban con sorpresa final. Por cierto, ¿qué diferencia hay entre un cuento y un relato corto?

Salazar tuvo que sentarse para disimular los gestos de contrariedad que se iban instalando en su cara y solo le faltó tirar uno de sus bolígrafos al suelo para poder agacharse a cogerlo y ocultar su mímica. Cuando por fin se puso derecho ya había conseguido suavizar mucho la expresión, que parecía más de cansancio que de fastidio. Promocionar un libro a veces resultaba más trabajoso que escribirlo pero Salazar tenía que ser congruente con la metodología que había diseñado para llegar al *best seller* y no quería que sus planes se malograran a la primera adversidad. Se colocó frente a Fermín, invitándolo a que se sentara, y empezó a disertar con una cadencia que a él mismo le sorprendió por su mesura.

-Ya le dije que en literatura todo son convenciones. Hay quién opina que el cuento ha de ser una narración cerrada en sí misma, que cobra su verdadero sentido en el tramo final. O sea, que termina con una sorpresa para el lector. En cambio, el relato es una narración breve que puede tener un final abierto y que no exige tanto rigor argumental. Pero bueno, ya le digo que a veces las convenciones se saltan.

-Eso es lo que me gusta de las convenciones esas: que pueden saltarse sin que nadie se eche las manos a la cabeza. Pero, bueno, vamos a ver, supongo que en el cuento algunas normas habrá, como la de no poder sacarse personajes de la manga o hacer inventos de última hora para que todo cuadre ¿no? Porque eso sería engañar al lector y tomarlo por niño.

-Claro, claro. La narración debe dar toda la información al lector y no esconder las chisteras de donde va a sacar los conejos. Por eso el cuento tiene una

arquitectura muy compleja: tiene que enseñar poco y sugerir mucho hasta que al final desvela su secreto interno.

-¿Y habría alguna ganancia si su relato corto pasase a ser cuento? –preguntó Fermín, con un gesto menos temeroso que minutos antes –Ya sé que antes le pregunté si podía ser una novela corta para desarrollar un poco más el papel de Vicky, pero ahora se me ocurre que convertir el relato corto en un cuento también tendría su gracia ¡Y conste que lo digo pensando en que usted venda!

-¿Y cómo podría hacerse sin desmontar todo el relato? –contestó Salazar en un tono tajante. Era un tono educado y firme, de autoridad literaria, así que Fermín no podía considerar que en sus palabras hubiese nada personal u ofensivo- Los cuentos se conciben a partir de un final, al que van confluyendo diferentes hilos narrativos que no son lo que parecen por separado pero que, al juntarse, lo iluminan todo.

-Pues yo no veo tan difícil eso. A mi me parece que usted ha escrito un cuento y un relato corto a la vez porque le sobra talento para narrar ¡Coño, ya estoy metiéndome otra vez en lo que no me toca! ¡Ya estoy otra vez dándole el rollo y tocándole los cojones, perdone usted la grosería, como si yo supiese de qué hablo y usted fuera un pardillo! Bueno, discúlpeme otra vez.

-Lo que tiene que hacer es acabar de explicarse. Venga, déjese de historias.

-Es que a veces me parece que acabaré desquiciado como el Quijote, de tanto atracarme de libros. Hace un rato me dio un poco de miedo escucharme.

-¿Por qué?

-Porque me dí cuenta que iba siguiendo demasiados hilos y atando muchos cabos, como don Quijote cuando confundía la realidad. Es verdad que los libros calientan la cabeza, así que discúlpeme si me descentro o le digo alguna bobada.

Las disculpas de Fermín, y ya llevaba unas cuantas, malgastaban mucho tiempo entre aclaraciones, dispensas y maniobras de reconducción para volver al asunto, así que Salazar tiró por el camino del medio para recuperar la razón sin más dilaciones. Suponía que la necesidad de argumentar y de explicarse iba a embridar las emociones y ennoblecer las formas, como correspondía a un coloquio cultural aunque hubiese un solo oyente. No le había gustado mucho la

emotividad con que Fermín le había respondido en algunos momentos, o tal vez esa emotividad lo había incomodado porque le resultaba comprensible y familiar sin querer reconocerlo.

-Pues venga, explíqueme cómo se convierte este relato en un cuento. Piense que nada más puede utilizar la información que aparece en cada capítulo.

-Eso ya lo aprendí yo en los libros que llevo leídos. Se van diciendo cosas de pasada, que parece que no importan mucho, y luego resulta que se dicen por algo y se aclaran las cosas. En las narraciones son muy importantes los telones de fondo y los personajes que ocupan la escena, aunque salgan de refilón o sean extras sin frase. En su relato hay varios personajes de esos, como los novios de Vicky, pero no se mencionan las novias de Agustín que, por lo visto, no eran novias propiamente y no se las cita por el nombre. Eso, en principio me desconcertó.

-¿Por qué?

-¡Qué sé yo! Me pareció muy asimétrico- dijo Fermín, elevando sus hombros para pedir disculpas por la debilidad de su razonamiento. Pugnaba para poner en orden sus ideas y buscaba afanosamente las palabras adecuadas para explicarlas sin devaluación- Entonces me dí cuenta de que el novio casado que había dejado a Vicky en la miseria era abogado de profesión y que la había ayudado siempre en las cuestiones prácticas, así que igual podía andar por ahí detrás, tirando de los hilos.

-¿De qué hilos?

-Hombre, si el padre de Agustín quiere asegurarse de que su hijo no le arruine la empresa con sus irresponsabilidades y condiciona su nombramiento a que ordene su vida, eso tendrá que estar escrito en alguna parte, y para redactar testamentos y cláusulas hacen falta abogados ¿Y si el ex amante de Vicky es el abogado de la empresa y asesora a Agustín para que concierte un matrimonio rápido que adecente su vida y facilite su nombramiento como director? Esa información podría ser valiosa para una mujer con talento que sepa moverse.

-¿Está diciéndome que el abogado avisa a Vicky para que esté atenta a la página de contactos en que Agustín publicará su oferta? Eso me parece algo rebuscado.

-De rebuscado, nada. Yo creo que la culpa dura todo el tiempo que vivimos y que nos tortura sin piedad, hagamos lo que hagamos para purgarla. El ex amante de Vicky pudo pensar que las ventajas derivadas de una boda provechosa con Agustín podían resarcirla del destrozo biográfico que él le había causado, así que incluso pudo ser un reconocimiento de su deuda con ella. Si la había auxiliado antes con los papeles, bien podría ayudarla ahora a escribir el texto y las respuestas más adecuadas para que Agustín contactara con ella. Estos favores recíprocos de pago en especies son algo mafiosos pero en los tiempos que vivimos se hacen mucho.

Salazar se quedó mirando a Fermín con una incredulidad que lo devaluaba como tutor literario. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo pero, a la vez, iba recorriendo mentalmente los itinerarios que Fermín marcaba para deconstruir su criatura literaria hasta transformarla en un organismo de otra especie. A lo mejor era cierto que, como resultado de la escritura automática y de los nutrientes del inconsciente colectivo, había generado un relato que había ido más allá de sus pretensiones. Todo eso eran fogonazos mentales, claro está, porque enseguida se impuso el orden natural de las cosas y Salazar recuperó su verbo más florido.

-¿Y cuáles son las intenciones que Vicky mantiene ocultas?

-¿Y eso quién lo sabe? ¡En eso anduve yo unas cuantas noches, dándole a la cabeza sin parar! Al final supuse que se había impuesto su sentido práctico, y que iba a probar a ver qué daba el asunto de sí. Por eso se fue acomodando tan bien a todo, viendo que Agustín era un infeliz y que lo que le proponía era una ganga. Eso tuvo que motivarla lo bastante como para que le valiese la pena quererlo un poco.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Que las mujeres como Vicky, en cuanto están seguras de que algo les interesa, se motivan para hacer las cosas bien y entonces ganan mucho. Se tranquilizan al saber que no están perdiendo el tiempo, se van sintiendo seguras poco a poco y acaban siendo más cariñosas que las demás. Mi mujer era así.

-¡No me diga!

-Bueno, igual la tengo idealizada porque aquella mujer fue el acabóse, pero me ayudó mucho a entender los recovecos de la mente de Vicky. Esa capacidad de mimetizarse con los otros sintiéndolo de verdad es asombrosa, como una facultad extrasensorial. La palabra mimetizar me la enseñó ella, que es una palabra que me gusta.

Salazar no quería ser un escritor inhumano, de los que desprecian la epopeya personal, pero tampoco estaba para ocuparse de recuerdos selectivos, que pertenecían más a las biografías y a las memorias que a la literatura de creación. Tenía que contener a Fermín en su afán analógico y especulativo, aunque las especulaciones eran la expresión más excelsa del intelecto y las analogías eran figuras literarias de primer orden, así que se sintió obligado a contemplar sus argumentos por obligación profesional.

-Podría ocurrir que Vicky se aviniera de entrada al engaño para asegurar de alguna forma su futuro y que luego comprobase que era más rentable querer a Agustín que timarlo –dijo Fermín de carrerilla. Había encontrado palabras buenas para hacerse entender y se precipitaba a expresarlas antes de que se le olvidaran.

-¿Y qué pasa con el abogado?

-No sabemos si el abogado asesoró o negoció unas cosas con el padre, otras con Agustín y otras distintas con Vicky. Pero da igual. El abogado ya no hace falta si Vicky y Agustín van a cumplir los plazos de su acuerdo. Luego son libres para organizarse como les dé la gana y la empresa puede cambiar de abogado si el director general lo decide. A mi lo que me gustaría es escuchar qué le diría Vicky al abogado antes de ajustarle las cuentas y despacharlo.

-¿Usted cree que lo despediría? ¡Tiene información sensible y podría comprometerla si se lo propone! Puede descubrir que ella es una oportunista y que Agustín también participó en el engaño y que la usa como aval para conseguir que lo nombren director.

-No. Si ella es sincera con Agustín, y seguro que será sincera porque le saldrá a cuenta, le contará la verdad y despedirá al abogado para que no siga en la empresa. Una persona capaz de ser desleal a su marido no puede seguir allí. Seguro que antes de despacharlo le diría tres o cuatro cosas de las que duelen.

-¿Y eso usted cómo puede saberlo?

-No lo sé, solo me lo imagino sabiendo cómo es Vicky. Por eso me gustaría que usted lo escribiera. Estaría bien que añadiera un par de capítulos explicando la trama subterránea de toda la historia para que quede claro que la vida es compleja y que nada es lo que parece. Si los cuentos tienen que acabar con sorpresa para el lector, la de este será mayúscula.

-Pues yo no lo veo tan claro –confesó Salazar algo confundido- Tendría que rehacer todos los capítulos para orientar la narración de otra manera. Por ejemplo, tendría que reescribir el encuentro de Vicky con su amiga, en el que parece una mujer desvalida y no una timadora con un plan.

-¡Qué poco conoce usted a según qué gente, y no crea que se lo digo porque es joven! Las personas desconfiadas y vulnerables como Vicky nunca dicen lo que quieren o lo que necesitan de antemano y siempre lo hacen todo de un modo indirecto. Primero tiran de la lengua al otro y hacen como que lo escuchan con atención y, al final, acaban sonsacando todo lo que quieren saber, sin delatarse haciendo preguntas

-¡Pues, caray con Vicky! No se me había ocurrido que tuviese tanto trasfondo.

-Quedamos en que las novelas son de quienes las leen y no de quienes las escriben, ¿no es así? Pero ha sido usted el que me ha dado el material para dar vueltas a la cabeza y ejercitar la mente, y yo se lo agradezco mucho porque me ha servido para refrescar el recuerdo de algunas características increíbles de mi mujer.

-¿De verdad su mujer se parece a Vicky?

-No, no. Es Vicky la que se parece a mi mujer. Es sorprendente lo bien que usted la describe, incluso cuando menciona cómo se mueve. Mi mujer caminaba por la calle como una diosa, y no lo digo yo porque me ciegue la pasión, que eso era de dominio público como en el caso de Vicky.

-Pues habla usted de ella como si fuese interesada y calculadora.

-Se interesaba demasiado en los asuntos de los demás y yo nunca la sorprendí en ningún detalle de ir a la suya. Yo creo que, como no sabía lo que quería para ella,

metía a otra gente en sus planes para estar segura de que le fuera bien a alguien. Es verdad que eso a veces creaba confusiones y líos, que tampoco era perfecta.

Estimulado por el cariz de la charla, Fermín se levantó de su silla con agilidad y se puso a dar vueltas en pequeños círculos, como los peripatéticos cuando salen de paseo en busca de ideas. Le emoción suscitada por sus evocaciones y la pasión que le despertaba la creación literaria lo excitaban de un modo que a él le resultaba benéfico, aunque no dejaba de pensar en Alonso Quijano el bueno y en su penoso descarrilamiento por no saber medir.

-¡Claro que era calculadora! –continuó Fermín, sin dar por zanjada su intervención- ¡Era una máquina que estaba en todo! Yo creo que en materia de cálculo, Agustín no tendría que enseñarles nada ni a ella ni a Vicky, aunque Agustín sepa mejor pasarlo todo a números. Y no será usted de esos que suponen que calcular es lo mismo que ser frío, ¿verdad? Porque ya le dije que estoy de algunos estereotipos sociales hasta los cojones.

-No, no, claro que no –respondió Salazar para evitar males mayores.

-Yo creo que la historia describe precisamente cómo dos personas calculadoras – una que utiliza fórmulas y otra que piensa sin parar- no consiguen encontrar mala fe ni motivos para la desconfianza y llegan a la conclusión de que será rentable hacer un alto en el camino y compartir la vida con otro. La confianza da una paz tremenda y equilibra el seso.

-Bueno, el capítulo en el que los dos se enamoran quizá no habría que tocarlo mucho –aventuró Salazar, preocupado por las repercusiones a distancia de cualquier movimiento imprudente en el edificio narrativo. Aceptaba el desafío profesional de transformar una narración en otra sin perder su sello y ya hacía unos minutos que había dejado de molestarse con los comentarios de Fermín, que era una persona prudente para lo que se encontraba en las tertulias.

-No habría que tocar nada. Le salió bordado. Ahí se ve muy bien cómo van encajando las rarezas del uno en las del otro hasta que acaban queriéndose a tumba abierta ¡Ya le dije que usted escribe muy bien!

-El personaje de Agustín puede quedar desdibujado si va de buena fe y no se entera de que todos los que le rodean intentan engañarlo –siguió diciendo Salazar, sin atender al elogio- Parecerá tonto.

-¡Qué va a ser tonto! Tonto no puede ser porque ya lo habría liquidado la vida o su padre le habría tramitado la invalidez, con lo que son los empresarios ¡Fíjese cómo aprendió a bailar y a modularse en lo sexual, solo con unas sesiones de práctica! Para mí que tiene otras cualidades ocultas que nos asombrarían, pero que a lo mejor no nos enseña por vergüenza o por miedo. Seguro que sabe más de lo que parece y estaría bien averiguar en qué se ocupa en los ratos en que no trabaja y no queda con Vicky. Total, eso serían pocas páginas.

-Por lo menos, diez o doce más, a sumar a las diez o quince de antes Ya sería una novela corta.

-¿Pero no hemos quedado en que lo transformaría en cuento?

-No, no hemos quedado en nada –aclaró Salazar sin perder la calma- Usted va soltando ocurrencias sobre la marcha y yo voy siguiéndolo. Me sugirió añadir más capítulos para conocer mejor a Vicky y hacer una novela corta y yo le dije que el texto era un relato y no podía tocarse. Después me dice que escribí un relato y un cuento a la vez y que uno se puede convertir en otro a base de añadir más capítulos, y ahora me vuelve a pedir más páginas para conocer a Agustín en profundidad ¿No entiende que el relato no puede hincharse y deshincharse como un globo? ¡Acabará siendo una novela larga!

-Ya lo entiendo, ya lo entiendo, tiene razón. Me he perdido un poco porque la historia y los personajes me apasionan y me van viniendo ideas a la cabeza que no puedo callarme. Además, quiero aprovechar el lujo de escucharlo en directo y se me ocurren preguntas que igual son tontas. Disculpe el lío que le he armado con lo de la reconversión del relato, que es una estupidez muy típica de los que no sabemos escribir.

-No, si la idea de reconvertir el relato no es tonta. Se puede tomar como un ejercicio literario y ya se ha hecho antes. Lo que pasa que no acabo de ver la ganancia de reescribir con pie forzado una novela corta o un cuento con sorpresa final ¿A usted no le gusta el relato corto?

-El suyo me gusta, pero si el relato es muy corto y no tiene esqueleto narrativo, como dice usted, al final puede quedarse en una nadería que se olvida enseguida. Por lo menos, en el cuento se queda uno con la sorpresa final ¡Qué conste que yo todo eso lo digo para que venda más!

Salazar iba diciendo que si con la cabeza mientras Fermín expresaba sus opiniones, que ya no eran simplezas de ignorante sino verdaderos argumentos. Era comprensible que, como oyente en exclusiva, Fermín se considerara tripulación del mismo barco y propusiese sus ideas para reclutar nuevos lectores, pero ya era el momento de dar por clausurado el seminario y abandonar el trastero que había hecho de aula. Salazar guardó el manuscrito en su cartera con un gesto ceremonioso que ilustraba el cierre y empujó con suavidad a Fermín, dirigiéndolo hacia la salida. Al caminar detrás de él, Salazar se fijó en que Fermín arrastraba un poco los pies y se movía con desgana, como si tuviese que volver a trabajar después de vacaciones. Iba con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, y resultaba tentador suponer que estaba sopesando qué relato, qué cuento o qué novela iba a leer a partir del día siguiente.

-¿Y cómo era físicamente su mujer? –preguntó Salazar, para mitigar el tránsito hacia la puerta con alguna conversación amistosa- ¿Se ha imaginado a Vicky con el aspecto de ella?

-Si quiere que le diga la verdad, yo de la cara de mi mujer no me acuerdo – confesó Fermín con una voz más entera de lo que cabía esperar por la naturaleza de su confidencia -Es algo terrible. Al principio pensé que se debía a la depresión, que en esa época andaba yo como tonto, pero cuando recuperé el ánimo y me normalicé seguía sin poder acordarme de su cara, como si se me hubiese borrado de la cabeza. Los médicos me dijeron que eso era normal, que las imágenes muy cargadas de emoción siempre se representaban borrosas, así que en esas estoy. La verdad es que eso me da mucha pena.

-¿Y no tiene fotos?

-¡Qué va! ¡Antes no era como ahora! Nadie tenía cámaras de fotos y era engorroso revelar. Y cuando te vas haciendo mayor y empiezas a degenerar ya no apetece que te retraten.

-Y entonces, ¿cómo se acuerda de ella?

-No lo sé. Me acuerdo. Me la imagino en abstracto aunque no pueda verla. Me supongo lo que pensaría y qué haría en según qué situaciones y entonces la siento cerca. Eso me pasa sobre todo cuando salen temas que tienen que ver con los planes que hace la gente para el futuro. Ella era tan previsora que seguro que tenía preparados para mí dos o tres futuros posibles, por si fallaba uno y había que echar mano de otro. Le preocupaba mucho que me quedase solo.

-¿Y usted pudo decirle todo lo que la quería y lo que pensaba de ella antes de que muriese?

-¡Pues claro! No tuve que esperar a que enfermara para decirle eso. Lo hice todo el tiempo que vivimos juntos. Siempre me entendía a la primera y daba gusto escucharla opinar de mis pensamientos. Yo creo que me conocía mejor de lo que me conozco yo mismo.

-¿Y a ella también le gustaba leer?

-No lo sé. Nunca hablamos de eso. La verdad es que lo de leer es un asunto particular mío. Pero, si ella me lo hubiese pedido, seguro que la hubiera introducido en la lectura contándole historias como la que ha escrito usted. Estoy seguro de que también le habría gustado.

Ya en la calle, Salazar sintió la necesidad de despedir a Fermín con un abrazo afectuoso, y cuando se acercó para ejecutarlo pudo ver en los ojos del viudo un remanente acuoso, que no se sabía si era debido a la añoranza de su mujer o a la despedida que se avecinaba. Posiblemente era por las dos cosas a la vez o por alguna otra tristeza que ya no iba a contar, pero Salazar no se frenó por eso y estrujó a Fermín con una efusión sincera. El jubilado le respondió con una apretón inmediato que servía para resumir muchos sentimientos de difícil palabra y acabó dando dos o tres palmadas en la espalda de Salazar antes de librarse del abrazo. Luego se volvió de golpe, ocultando su cara con las manos, y empezó a andar sin volver la espalda, como un niño avergonzado que se dirige al rincón para cumplir el castigo. Al cabo de seis o siete pasos, se dio cuenta de que su despedida no era natural y que tenía que volver a decir adiós de un modo más cariñoso y sin

enfurrñamientos de chiquillo. No quería que Salazar pensase que se iba dolido o estaba molesto por algo, después de lo bien que lo había tratado.

-¡A ver si puedo ser el primero en comprar el libro cuando salga! –dijo levantando el puño en señal de victoria. Era una manera de disimular su desolación y de seguir apostando por el futuro.

-¡No lo compre! Yo le dejaré un ejemplar en el Casal en cuanto me entreguen los libros que me corresponden. O si prefiere, me da la dirección de su casa y le digo a la editorial que se lo envíe por correo.

-¡No, no, no me lo mande a ningún sitio, que a mí me hace ilusión comprarlo! – concluyó Fermín antes de volver la espalda y levantar el puño de nuevo, acostumbrado como estaba a hacerlo desde sus inicios de sindicalista luchador.

Barcelona, mayo de 2018